

B. PEREZ GALDÓS
EPISODIOS NACIONALES
CUARTA SERIE

O' DONNELL

2.000

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marea la ley.
Serán furtivos los ejempla-
res que no lleven el sello del
autor.



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1804

EST. TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

O ' DONNELL

1

El nombre de *O'Donnell* al frente de este libro significa el coto de tiempo que corresponde á los hechos y personas aquí representados. Solemos designar las cosas históricas, ó con el mote de su propia síntesis psicológica, ó con la divisa de su abolengo, esto es, el nombre de quien trajo el estado social y político que á tales personas y cosas dió fisonomía y color. Fué O'Donnell una época, como lo fueron antes y después Espartero y Prim, y como éstos, sus ideas crearon diversos hechos públicos, y sus actos engendraron infinidad de manifestaciones particulares, que amasadas y conglomeradas adquieren en la sucesión de los días carácter de unidad histórica. O'Donnell es uno de éstos que acotan muchedumbres, poniendo su marca de hierro á grandes manadas de hombres.. . y no entendáis por esto las masas populares, que rebaños hay de gente de levita, con fabuloso número de cabezas, obedientes al rabadán que los condu-

ce á los prados de abundante hierba. O'Donnell es el rótulo de uno de los libros más extensos en que escribió sus apuntes del pasado siglo la esclarecida jamona doña Clío de Apolo, señora de circunstancias que se pasa la vida escudriñando las ajenas, para sacar de entre el montón de verdades que no pueden decirse, las poquitas que resisten el aire libre, y con ellas conjeturas razonables y mentiras de adobado rostro. Lleva Clío consigo, en un gran puchero, el colorete de la verosimilitud, y con pincel ó brocha va dando sus toques allí donde son necesarios.

Pues cuenta esta buena señora que el día 23 de Julio de aquel año (aún estamos en el 54) salía de la cerería de Paredes, calle de Toledo, el enfático patricio don Mariano Centurión ostentando con ufanía el sombrero de copa que estrenaba: era una prenda reluciente, de las dimensiones más atrevidas en altura y extensión de alas que la moda permitía, y en el pensamiento del buen señor tomaba su persona, con tan airoso chapitel, una dignidad extraordinaria y una representación pública que atraía las miradas y el respeto de las gentes. A dos pasos de la cerería se tropezaron y reconocieron Centurión y un ciudadano importante, Telesforo del Portillo, que también estrenaba sombrero, si bien aquel cilindro no era tan augusto como el otro, sino artículo de ocasión adquirido en el Rastro y sometido á un planchado enérgico. Se saludaron, y

Centurión entabló un vivo diálogo con su amigo, conocido entre el vulgo por el apodo de *Sebo*. No ha transmitido la Historia los términos precisos de la conversación, limitándose á consignar que ambos patricios se habían encontrado en lastimosa divergencia en aquellas revueltas, por figurar don Mariano en la *Junta de salvación, armamento y defensa* que funcionó en la casa del señor Sevillano, y Sebo, en la que se denominó *Junta del cuartel del Sur*. La primera se componía de hombres templados y de peso; en la segunda entraron los jóvenes levantiscos y la turbamulta demagógica.

Según dijeron los dos respetables ciudadanos, las trapisondas entre ambas asambleas dilataron más de lo preciso las anheladas paces entre pueblo y tropa, y dieron tiempo á que asomara su hocico espeluznante *el monstruo de Za anarquía*. Pero al fin *la salud pública se impuso*, y las Juntas llegaron á una positiva concordia, gracias *al patriotismo del Trono*, que se inclinó del lado de la Libertad llamando á Espartero. Sostuvo Centurión que ya teníamos Gobierno liberal en *principio*, y que era cuestión de días el determinar qué hombres habían de formarlo. Sebo los designó sin recelo de equivocarse, nombrando las figuras más culminantes del *elemento progresista*. Espartero y O'Donnell entrarían en el nuevo Gobierno, y los hombres civiles serían los que más sufrieron en los once años, y probaron su entereza política con largos

ayunos. Aseguró don Mariano que su colocación en Estado dependía de que ocupase aquella poltrona el señor Luján, y que si le daban á escoger, tomaría la plaza de jefe en la Sección de *Obra pía de Jerusalén*, que ya disfrutó por pocos días en otra época. Sebo se daba por empleado en Penales, si ponían en Gobernación á don Manolo Becerra ó á don Angel de los Ríos. Esto era dudoso, según Centurión, porque si bien ambos jóvenes descollaban por sus talentos y acendrado patriotismo, no tenían el peso y madurez convenientes para gobernar.

Sobre si eran aptos ó no los tales, discutían Portillo y don Mariano, cuando atrajo su atención un gran tumulto y escandaloso ruido de gente que por la calle abajo venía. Ya estaba próxima la delantera de la que parecía procesión, y el centro de ella, algo que descollaba sobre la multitud como figuras del Santo Entierro conducidas en hombros, desembocaba por el arco de la Plaza Mayor. Antes de que los dos patricios se dieran cuenta de lo que aquello era, rodearon á Sebo unas hembras (no sé si tres ó cuatro) con toda la traza de mozas del partido, desgarradotas, peinadas con extremado artificio, alguna de ellas reluciente de pintura en el marchite rostro. “Véanle, véanle—dijeron.—Desde la Plazuela de los Mostenses lo *train*... El *Chico* es el que viene en andas, y el *Cano á pie*... Que los afusilen, que les den garrote... que paguen las que han hecho... Y Centurión, con grave acento, arri-

mándose á la pared por no ser visto de la canalla delantera, pronunció estas sesudas palabras: “¡Justicia del pueblo, mala justiciar... ¿Y don Evaristo no se ha enterado de esta barbaridad?... Decid, grandes púas, ¿vosotras habéis venido con esta procesión infernal? ¿Pasásteis por Gobernación? ¿No estaba allí don Evaristo? ¿Cómo habéis recorrido medio Madrid, ó Madrid entero, sin que algunos patriotas honrados os cortaran el paso, ralea vil?

—Cállese la boca, don Marianote-dijo la más bonita de ellas, la menos ajada,—que pueden oírle, y corre peligro de que le chafen el *baúl* nuevo.

—Rafaela Hermosilla -replicó Centurión alardeando de en tereza,—un patrio ta honrado, un hombre de principios, no teme las coces de la plebe inducta... Pero arrimémos á esta puerta para no dar lugar á cuestiones, ó metámonos en la cerería de Paredes, que será lo más seguro... *Sebo*... ¿dónde se ha ido *Sebo*?..

Llamado por su amigo, se retiró también al arrimo de las casas el ex-policía, seguido de otra de las pájaras. Lívido y tembloroso, no podía disimular el terror que la plebeya justicia le causaba, y era en verdad espectáculo que el más animoso no podía presenciar sin miedo y compasión grandes. Detrás de la caterva que rompía marcha gritando, iban dos hombres montados en jamelgos: vestían blusa de dril y cubrían su cabeza con chambergo ladeado sobre una oreja, es-

grimiendo sendos chafarotes ó sables. Seguían un bigardón con un palo, del que pendía un retrato al óleo, sin marco, acribillado ya de los golpes que por el camino, en las paradas de la procesión, le daban con sus sables los dos jinetes, en demostración de justicia popular. Al portador del retrato seguía otro gandul con trazas de matarife, en mangas de camisa, ésta manchada de sangre, llevando una pértiga de la cual pendía muerto y sin plumas un gallo colgado por el pescuezo. Tras éste iba un hombre á pie, empujado más que conducido por un grupo de bárbaros, también con aspecto de matachines. Seguían las angarillas cargadas por cuatro, de lo más soez entre tan soez patulea; las angarillas sostenían un colchón, en el cual iba el infeliz Chico sentado, de medio cuerpo abajo cubierto con las propias sábanas de su cama, de medio cuerpo arriba con un camisón blanco, en la cabeza un gorro colorado puntiagudo, que le daba aspecto de figura burlesca. Con un abanico se daba aire, pasándolo á menudo de una mano á otra, y miraba con rostro sereno á la multitud que le escarnecía, al gentío que en balcones y puertas se asomaba curioso y espantado. Arrimándose á las angarillas todo lo que podía, iba la mujer de Chico con una taza en la mano, revolviendo con un palo el contenido de ella, que según decían era chocolate. Parecía loca: su rostro echaba fuego; su cabeza recién peinada y con alta peineta, conservaba la disposición

de las matas de pelo armadas artísticamente. Digo que parecía loca, porque el menear el palo dentro de la taza vacía era como un movimiento instintivo, inconsciente, efecto de la máquina muscular disparada y sin gobierno. Enrojeciendo más á cada grito, decía: “¡Nacionales, no le matéis! ¡No le matéis, nacionales!,”

Pasó todo este bestial aparato de venganza y muerte, que observaron desde la cerería don Mariano y Telesforo, las dos muchachas de mal vivir y don Gabino Paredes con su hijo Ezequiel. Rafaela Hermosilla, que había visto el asalto de la casa de Chico, lo contó de esta manera: “*Lleguemos; íbamos can idea de arrastrarle, que es la muerte que merece... El pillo del Calzo nos dijo: Atrás, populacho; y no había acabado de decirlo, cuando Perico el lañador le echó mano al pescuezo, y yo y otras le araños toda la cara. Daba risa... Después le amarraron bien amarradico con cordeles que prestó un mozo de cuerda... y entremos; subimos dando patadas y gritos, y nos desparramemos por las salas llenas de muebles y cuadros... “A quemarlo todo., Esta fué la voz. ¡Qué risa! Pero Alonso Pintado soltó cuatro tacos, gritando: Pena de muerte al ladrón... Salió esa gran tarasca llorando, acabadita de peinar, ¡qué risa!... ¡Y cómo chillaba la muy escandalosa! Que su marido estaba enfermo en cama con la podagra, y que le había pedido el chocolate... “Señoras y caballeros-nos dijo Alonso Pintado su-*

bido en una silla -venimos á hacer justicia, no á faltar á *naide*. Al ladrón *busquemos*, no á las riquezas que robó.. No toquéis á estos *faralanes y cornucopios*.. Por el tirano de los pobres venimos. Justicia en él señoras y caballeros; pero sin al boro tar que no digan...» Yo, me lo pueden ^{para} creer... no alboroté, ni cogí nada de lo que hay en aquellas cámaras tan lujosas, donde el *gachó* va metiendo lo que rapiña.. . Pues Alonso Pintado, *Matacandiles*, *Pucheta* la Rosa y la *Pelos*, don Jeremías, *Chanflas* *'Meneos*, *la Bastiana* y otras y otros de que no me acuerdo, empujaron puertas, rompieron fechaduras y se colaron hasta la alcoba en donde estaba acostado el Chico... ^{no lo valió} á su mujer decir que estaba imposibilitado, y que le iba á llevar el chocolate. ¡Qué risa!... “Espérense; no le maten... me ha pedido el chocolate... está en ayunas... se muere... se morirá solo.. . Matarle no.., Esto decía la tía *Panderetona*, que no es mujer de él por la Iglesia, sino artimada, como una, pongo el caso, ¡qué risa!... Total: que en vilo le levantaron, con colchón y todo y de una escalera hicieron las angarillas... . Pepe *Meneos* trajo un gallo, le retorció el pescuezo, y desplumándolo delante del Chico le echaba las plumas, diciéndole, dice: “Lo que hago con este gallo haremos contigo so ladrónazo... ” ¡Qué risa! Luego salió la procesión que habéis visto. . . Pues venía con *muchismo* orden, como se dice. . . *Pucheta* mandaba, que es hombre que sabe del orden y tal., ..

Oyendo estas referencias, Centurión tenía un nudo en su garganta, y no acertaba ni á protestar contra el salvajismo del pueblo. “¡Ignominia, barbarie! — exclamaba dando palmadas en el mostrador.—La Libertad no es eso, cojondrios, no es eso., Y Sebo, que en su consternación se había calado el sombrero nuevo hasta las orejas, habló así: “Dime *Rafa*, ¿iba *Pucheta* en el *entierro*? Porque **yo** no he podido distinguir caras, del gran susto y sobrecogimiento que me entró al ver lo que vi. Al tiempo que se me aflojaba el vientre, se me nublaba la vista.

--Pues **sí** que iba—dijo Centurión.—El jinete de la derecha, el que vimos por la parte de acá, era *Pucheta*, con blusa de dril y un plumacho en el sombrero. ¡En qué manos está la Libertad, cojondrios! Y al lado de *Pucheta*, á la parte de adentro, iba la Generosa Hermosilla, hermana de esta buena pieza.. .

—Mi hermana—dijo *Rafa*—no se separa de *Pucheta*: es la que le mete en la cabeza el orden... ¡Qué risa con ella! A todas horas le canta la lección: “*Pucheta*, orden.. . Andate con orden, hijo.,, Mi hermana iba al lado de él terciado el manto, muy bien peinadita, con un pompón en la peineta.. .

—Tu hermana y tú—afirmó Centurión furioso,—sois unas solemnes cas tañas pilon-gas, que después de llevar á los hombres al vicio, les predicáis el orden. ¡Vaya un escarnio! Orden vosotras, que nunca supisteis con qué se come eso. ¿Qué principios tenéis

ni qué dogmas profesáis para saber lo que es el orden? ¡Idos al infierno con cien mil pares de cojondrios! Tu hermana Jenara y tú, *Rafa* maldita, habéis escandalizado en todo Madrid, después de escandalizar en las calles del Humilladero, Irlandeses y Mediodía Grande... A vuestro honrado padre, el bueno de Hermosilla, le pusísteis á punto de morir de vergüenza... No os quitareis nunca de encima el apodo de *Zas Zorreras*, que os aplicaron por ser hijas de un fabricante de zorros, que también hace plumeros... Vete, vete; sigue los pasos de tu hermana, al lado de *Pucheta*, de *Meneos*, 6 de otro de esos matarifes que deshonoran la Libertad... No te entretengas aquí, entre gentes honradas y hombres de principios... Corre, y verás cómo ahorcan ó fusilan ó despachuran al desgraciado Chico. „

II

Echóse á reir la moza, con el airado discurso de Centurión, y llegándose al dueño de la cerería, don Gabino Paredes, que arrobado la contemplaba, los codos en el mostrador, el rostro en las palmas de las manos, le dijo: “¿Verdad, Gabinico, que tú no me echas de tu casa?„ Y el cerero, revolviendo algo en su boca, completamente desdentado, le contestó: “Ni yo ni el amigo Centurión te

arrojamos de esta humilde tienda. Ha sido un decir, rica: no te enfades... Y para que veas que me acuerdo de tí, toma este caramelo... „ Cuando los sacaba del hondo bolsillo de su chaqueta, alargó Centurión la mano diciendo: “Deme otro á mí, don Gabino, que del berrinche que he cogido con esta tragedia, se me ha secado la boca. „ Hizo el cerero ronda de caramelos, dando la mayor parte á *Rafa* y á su compañera, que con *Sebo* platicaba, y chuparon todos, refrescando sus secos paladares. La segunda pájara, de apodo *Jumos*, mujerona en el ocaso de la juventud, con restos manidos de un gallardo tipo de majeza, tomó la palabra en contra del señor de Centurión, desarrollando sus argumentos con razones no mal concertadas: “Pues si el pueblo no hace la justiciada en ese capataz de los guindillas, ¿quién la hará?... ¡contra con Dios! ¿El Gobierno nuevo que venga le había de castigar? Y *vostedes* los patriotas nuevos, ¿qué serían más que lameplatos del Chico? Hala con él, y revientenle para que no haga más maldades... El comía con el Gobierno, comía con el ladronicio... ¿Qué robaban á *vostedes* el reloj? Pues para recobrarlo, no tenían más que abocarse con don Francisco, que devolvía la prenda por un tanto más cuanto, según el por qué de la persona... Alhajas muchas pasaron de sus dueños á los ladrones, y de los ladrones á sus dueños, lodo con su *porsupuesto*, menos cuando las alhajas le gustaban á Chico, que tan fresco se quedaba con ellas. De sus

ganancias prestaba dinero, á seis reales por duro al mes, mediando el portero Mendas y uno de la calle de la Palma, con trazas de clérigo, que le llaman don Galo, y también *el Chato de Pinto*, por ser de Pinto mismamente.. .

-Invenciones de la plebe-dijo Centurión menos fiero que antes;-maiquerencia de los que Chico perseguía por revoltosos.

-Algo habrá de eso-observó en tonos de templanza el gran Sebo,-sin que deje de ser verdad lo que cuenta esta *Jumos*. Testigos hay de que el pobre don Francisco no jugaba con limpieza.

-Jugaba con cartas señaladas — afirmó la mujerona,-y era el primer puerco del mundo. El Gobierno le pagaba para defender á cada hijo de vecino, y él ¿qué hacía? cobrar el barato al vecino y al Gobierno y al *Sulsucorda*. A todos engañaba, y no era fiel más que con la Cristina y su marido, el de Tarancón, porque éstos, cuando los Ministros estaban hartos de Chico y querían darle la puntera, sacaban la cara por él.. . Como que Chico era el hombre de confianza de los Muñozes, y el que estaba al quite por si venían cornadas.. . que el pueblo hacía por ellos, ¡vaya!

— Exageraciones, mujer — dijo Centurión,—y desvaríos de la pasión popular... Algún día se hará la lui, y la Historia pondrá la verdad en su punto.

-Historias ya tenemos-prosiguió la *Jumos*:—pídaselas á don José de Zaragoza y á

don Melchor Ordóñez, que por saber bien de historia han querido limpiarle el comedero á don Francisco Chico. Pero no podían, que la Cristina le echaba un capote, y Chico tan fresco, se reía, se reía, con aquella cara de sayón... Pues el muy marrajo, para dar gusto al Gobierno, se cebaba en los que caían en su mano, por mor del conspirar y de la política. El que era masón y andaba en algún enredo para echar proclamas ó escribir contra la Reina, ya podía encomendarse á Dios. A nadie metía en la cárcel sin darle antes un pie de paliza para hacerle confesar la verdad, ó mentiras á gusto de él, con las que se abría camino para prender á otros, y abarrotar la cárcel... A un primo mío, Simón Angosto, zapatero en un portal de la calle de la Lechuga, que los lunes solía ponerse á medios pelos y cantaba coplas en la calle, con música del ixno de Espartero y letra que él sacaba de su cabeza, le cogió una noche saliendo de la casa de Tapa, y tal le pusieron el cuerpo de cardenales, que *gomitó el alma* á los dos días.

-No fué así, Pepa *Jumos*, no fué así—dijo Sebo gravemente, poniendo en su acento todo el respeto á la verdad histórica.-A Simón Angosto se le hicieron los cardenales y se le aplicó de firme el vergajo, porque anduvo en aquellas trapisondas... bien me acuerdo.. . cuando mataron á Fulgoso.. . Se le encontró una carta con garabatos masónicos y razones en cifra que parecían.. . así como un conato de atentado contra Narváez., ,

—Para conatos tú, reladronazo- replicó la mala mujer, roja de ira.—¿Qué es conato?

—Es intento de delito, delito frustrado...

-Me *fustro* yo en tí, y en el *conato* de tu madre. Sales á la defensa de Chico, porque tú eras de los del vergajo, que deslomaban al infeliz que cogían. Tal eres tú como el otro, que ahora paga sus *conatas* y *fustratas*. . y con él te debíamos llevar.

-Yo no estoy con él, ni estuve-dijo Telesforo palideciendo. -Pepa *Jumos*, mira lo que hablas: ten en cuenta que yo, si cumplí mi deber en la Segundad, luego me dió asco de aquel oficio, y me pase al partido de los señores generales de Vicálvaro, que nos han traído la Libertad, verbigracia, la Justicia.

-Justicia contra tí, *arrastra*; -dijo Rafaela Hermosilla, terciando en la conversación. — Andate con tiento, *Sebito*, y no pintes el diablo en la pared, que como te huela el pueblo, hará contigo un *conato*.

-El amigo Telesforo-indicó Centurión extendiendo una mano protectora sobre el renegado de la Policía,-es hombre de principios, que jamás atropelló al pueblo soberano. Si alguna vez impuso castigos, fué mirando por el Ornato Público, que llama mos también Policía Urbana. „

Saltó al oír esto la *Jumos* con briososa protesta, diciendo: “¡Buenas *ornatas* públicas nos dé Dios! Lo que hacía este tuno era bailarle el agua á don Francisco Chico, y andar siempre agarrado á los faldones de su

levosa... Y esto no me lo ha contado nadie, sino que lo han visto estos ojos, porque yo, aunque no soy vieja, ni lo quiera Dios, he visto mucho mundo, y pillaría mucha; tanto, que de ver canalladas sin fin, cada lunes y cada martes, paréceme que soy vieja, lo cual que no lo soy, sino que lo viejo es el mundo y las malas partidas que se ven en él. . Pues el día aquél, ya van para seis años, en que el pobre zapatero de la calle de Toledo le tiró un ladrillo á don Francisco Chico, desde el primer piso bajando del cielo, yo estaba en la acera de enfrente hablando con mi comadre la Venancia, que tenía cacharrería donde hoy están los talabarteros... Pues como allí estaba una servidora, todo lo ví, y nadie me lo cuenta... Y digo que el ladrillo no fué ladrillo, sino un pedazo de cascote, y que no le cay6 á don Francisco en la *canoa*, como dijeron y mintieron, sino que se *espolvoró* en el aire, y sólo unas motas fueron á dar en el hombro del Chico, y otras salpicaron al que le acompañaba, que era el señor de Sebo, aquí presente. Atrévase á decirme que esto no es verdad... Se calla y rezonga, como los perros. . Un perro fué entonces. ¿Quién subió como un cohete á la casa de donde tiraron las *mundicias*? ¿Quién bajó en seguida trayendo al zapaterín cogido por el pescuezo? ¿Quién...?

-Cierto que fuí yo... no puedo negarlo—dijo *Sebo* con trémula voz.-Pero como ha declarado el señor Centurión, lo hice por Ornato Público, ó por *Policía* y *Buen Go-*

bierno, que era el Ramo en que yo servía entonces. Y dice el bando de 1839, en su art. 5.º: “Los que arrojen á la calle basuras, cascos de loza ó ceniza de braseros, pagarán cuarenta reales de multa, sin perjuicio de las penas en que incurran en el caso de causar daño á los transeuntes...”

—¿Y por qué bando fusilásteis al zapatero...?

—Eso no es cuenta mía, ni tuve nada que ver. ¿Que el hombre fuera masón, y guardara papeles que le comprometían, y una estampa indecente de Fernando VII con orejas de burro... es acaso culpa mía?

—¿Y de que por eso le fusilaran-agregó Centurión, — es culpa de nadie... mas que del sicario de Narváez?

—Sobre pintarle al Rey orejas que no eran las suyas-dijo Sebo defendiéndose con timidez, — el susodicho dibujó un letrado saliendo de la boca de *Narizotas*, que á la letra decía: “Marchemos, y yo el primero, por la senda borrical de la reacción...”

El cerero don Gabino Paredes cortó con su desentonada voz la disputa histórica, sosteniendo que ninguno de los señores presentes tenía culpa de las barbaridades del 48. Todo ello se hizo para guarecernos de las revoluciones y tempestades que venían de la Francia, de la Italia y de la Hungría, y cerrarle la puerta al maldito Socialismo. No se entendían bien las graves razones del buen Paredes, porque, deshabitada absolutamente de huesos su boca, el aire conduc-

tor de la voz hacía dentro de aquella caverna extraños pitidos, gorjeos y cambios de tono, que quitaban á las palabras su verdadero sentido, ó las dejaban escapar con silbos desapacibles. Más claramente habló Centurión, despachando á las dos pajarracas con estas desahogadas expresiones: “Seguid vuestro camino, tú, Zorrera, y tú, *Jumos*, y no alternéis con hombres de principios, que os compadecen, pero no os escuchan. Id á ver cómo mata el pueblo á esos desgraciados, y si llegáis á tiempo, sed piadosas, ya que no podéis ser honradas, y decid al pueblo que no envilezca su patriotismo con el asesinato. Influye tú, *Rafa*, con tu hermana la otra Zorrera, para que á su vez interceda con ese *Pucheta* condenado, á ver si el hombre se ablanda, y evita ese crimen de lesa Pueblo... Vosotras, *zorreras*, á quienes debo llamar, para daros más categoría, *plumeros*, que algo más vale el plumero que el zorro, y si lo dudáis preguntádselo á vuestro padre; vosotras, digo, y tú, *Jumos*, id hacia abajo en seguimiento de la chusma, y haced una buena obra. Sois lo que sois; pero no malas de mal corazón... creo que me entendéis... El diablo que llevais dentro vuélvase compasivo, ó escóndase para que un ángel se meta en vosotras por un ratito no más. Salvad á esos infelices, y después seguid escandalizando por el mundo; practicad la liviandad pública, hasta que os llegue la hora del arrepentimiento... Idos, dejadnos en paz...”

Risas desvergonzadas provocó en ambas cortesanas del pueblo el agrio sermoncillo de Centurión, endulzado por cariños del cerero, que rasgando toda su boca hasta las orejas, y ahuecándola y haciendo buches con las palabras, decía: "*Zorrerita*, no te vendas tan cara. Ven mañana y te daré almendras de Alcalá., Presente estaba Ezequiel Paredes, arrimado á su padre, y el pobre chico miraba con encandilados ojos á las dos culebronas, sin expresar horror del infamante oficio de las tales." *Zequilete*—dijo la Pepa Jumos acariciando con sus dedos ensortijados la barbilla del mancebo,—¡qué callado estás!.. Ven con nosotras, cara e cielo. „ De estas confianzas protestó don Gabino cogiendo al chico por un brazo: "No, no; dejadle que es todavía una criatura. No os entiende...

-Sois libros que el pobrecito no sabe leer- dijo Gen turión.

— Deletrea-indicó Sebo jovial;-pero más vale que no pase del *a b c*. En fin, idos al matadero y no volváis por aquí.

-Lo que sentimos-declaró la *Jumos*— es no llevarte por delante, para que los fusiles hagan boca con tu cabeza pindonguera., Y la otra: "Con Dios, abuelo y *Zequiel*... Don Mariano, conservarse.. . *Sebo*, no ande hoy por esta calle, no sea que lo derritan.,,

Diciendo esto *Za Zorrera*, se oyeron tiros lejanos. Don Gabino se santiguó; Centurión soltó un terno; se echaron á la calle despavoridas *las del partido*, ansiosas de alcanzar

algo de la función, y Sebo humilló su cabeza y encogió su cuerpo como si quisiese meterse debajo del mostrador. En esto pasaba por la calle tropel de gente con aspecto medroso. Salió Ezequiel, á la puerta, y oyó decir: "En la Fuentecilla les han despachado. „ Oyéndolo, redobló Centurión sus apóstrofes declamatorios, y proclamó la supremacía de los principios sobre las pasiones. Sebo callaba, y como su amigo le propusiera emprender la retirada hacia los barrios del centro, se fué derecho á la trastienda murmurando con ahilada voz: "También vo principios.. . hombre de principios.. . hombre de bien... ¿Pero cómo salgo á la calle?. . . ¡ Me ven., se fijan en mí. . .! Amigo Paredes, escóndame en su casa hasta la noche.. . „ Ésto dijo acariciando el sombrero, que en la mano llevaba, é internándose por el pasillo. Tras él, Centurión trataba de aliviarle el miedo: "No hay cuidado, Telesforo.. . Yendo conmigo, podrá usted salir.. . Mi persona es la mejor fianza.. .

—¡Fíese usted de fianzas!.. . ¿Fianzas contra el pueblo? ¡Ni de la Virgen!.. . Aquí me quedo.

Retiróse don Mariano, dejándole al cuidado de Ezequiel y de Tomás, el encargado de la cerería, pues don Gabino, completamente chocho ya del agobio de sus años, no hacía más que acopiar caramelos para obsequio de toda mujer que entraba en la tienda por cirios, agraciándola con su sonrisa lela, sin distinguir señoras de sirvientas, ni honra-

das de públicas, que para él todo sér con faldas, salvo los curas, era lo mismo. Cuando á don Mariano en la puerta despedía, vieron pasar al General San Miguel, con su séquito de militares y patriotas, á trote largo calle abajo. “A buenas horas, mangas verdes,, dijo Centurión; y don Gabino daba toda la cuerda de sonrisa á su boca sin dientes, persignándose como cuando habían oído los tiros. Entraron luego dos señoras, hija y madre, ambas muy guapas, á comprar cerillos y mariposas, y como venían asustadas del tumulto de la calle, no se detuvieron más que el tiempo preciso para su negocio, y tomar los caramelos con que las obsequió baboso y risueño el bueno de don Gabino. Este las despidió enjuagándose la boca con palabras que ellas no entendieron, haciendo la señal de la cruz y besándose los dedos. “Angelote-dijo á Ezequiel apenas se quedaron solos,-¿cuándo aprenderás á no ser hurraño con las señoras? A tu edad yo no las dejaba salir de la tienda sin decirles alguna palabra fina y con aquél. . . Eres un ganso, y en cuanto ves á una mujer, se te alarga el hocico, te pones colorado y no sabes decir más que *mu, mu*, como un buey que no ha salido de la dehesa... ¡Y que no son poco lindas la madre y la hija! . . . No sabría uno con cuál quedarse si le dieran una de las dos... La madre es hija de un señor de Pez que tuvo la contrata de conducción de caudales. Casó con el coronel Villaescusa, que ahora irá para General., . Conozco bien á es-

ta familia.. . El coronel y su hermana Mercedes, casada con Leovigildo Rodríguez, son ‘primos carnales de nuestro amigo Centurión, que acaba de salir de aquí... Pues la niña es una flor.. . ¿no te parece que es una flor?... Se llama Teresita. Ya viste con qué ojos tan tiernos me miraba, y qué cuchufletas tan graciosas me decía, ji, ji, ji... Y tú, grandísimo pavo, te quedaste lelo como un poste, cuando la madre te pasó los dedos por la cara y te dijo: “*Zequiel*, qué guapín eres. ”

III

No vuelve á mentar Clío á nuestro buen Centurión hasta la página en que nos cuenta la entrada de Espartero en Madrid, por la Puerta de Alcalá, entre un gentío loco de entusiasmo, que le bendecía, le aclamaba y le llevaba medio en vilo con coche y todo. A pie iba Centurión junto á la rueda trase-
ra, puesta la mano en la plegada capota, dando al viento, con toda la violencia de su voz estentórea, los gloriosos nombres de Luchana, Peñacerrada y Guardamino, emprendiéndola luego con la Libertad, la Soberanía del Pueblo y otras invocaciones infalibles para enardecer á las multitudes. El caudillo de los patriotas, cuando los vaivenes del océano de personas detenían el coche en que navegaba, se ponía en pie, sacaba y es-

grimía la espada vencedora, y soltando aquella voz tonante, sugestiva, de brutal elocuencia, con que tantas veces arrastró soldados y plebe, lanzaba conceptos de una oquedad retumbante, como los ecos del trueno, con los cuales á la turbamulta enloquecía y la llevaba hasta el delirio... Reaparece luego Centurión cuando Espartero y O'Donnell se dieron el célebre abrazo en el balcón de la casa donde fué á vivir el primero, plazuela del Conde de Miranda. Detrás de los dos Generales invictos se veía, entre otros paniaguados, la imagen escueta de Centurión, derramando de sus ojos la ternura, de sus labios una alegría filial, dando á entender que allí estaba él para defender á su ídolo de cualquier asechanza. Cuenta la Musa que el buen señor se constituyó en mosca de don Baldomero, acosándole sin piedad á todas horas, hasta que su pegajosa insistencia logró del caudillo el anhelado nombramiento en la Obra Pía de Jerusalén.

Daba gusto ver la *Gaceta* de aquellos días, como risueña matrona, alta de pechos, exuberante de sangre y de leche, repartiendo mercedes, destinos, recompensas, que eran el pan, la honra y la alegría para todos los españoles, ó para una parte de tan gran familia. Capitanes generales, dos; Tenientes generales, siete, y por este estilo avances de carrera en todas las jerarquías militares, sin exceptuar á los soldados rasos, aliviados de dos años de servicio; ¡Pues en lo civil no digamos! La *Gaceta*, con ser tan frescachona

y de libras, no podía con el gran cuerno de Amaltea que llevaba en sus hombros, del cual iba sacando credenciales y arrojándolas sobre innumerables pretendientes, que se alzaban sobre las puntas de los pies y alargaban los brazos para alcanzar más pronto la felicidad. La *Gaceta* reía, reía siempre, y á todos consolaba, orgullosa de su papel de Providencia en aquella venturosa ocasión. Y no era menor su gozo cuando prometía bienaventuranzas sin fin para el país en general, anunciando proyectos, y enseñando las longanizas con que debían ser atados los perros en los años futuros. La *Gaceta* tenía rasgos de locura en su semblante iluminado por un gozo parecido á la embriaguez. Diríase que había bebido más de la cuenta en los festines revolucionarios, ó que padecía el delirio de grandezas, dolencia muy extendida en los pueblos dados al ensueño, y que fácilmente se transmite de las almas á las letras de molde.

Era de ver en aquella temporadita el súbito nacimiento de innumerables personas á la vida elegante ó del bien vestir. Se dice que nacían, porque al mudar de la noche á la mañana sus levitas astrosas y sus anticuados pantalones por prendas nuevecitas, creyérase que salían de la nada. La ropa cambiaba los seres, y resultaba que eran tan nuevos como las vestiduras los hombres vestidos. El cesante soltaba sus andrajos, y mientras hacían negocio los sastres y sombrereros, acopiaban los mercaderes del Ras-

tro género viejo en mediano uso. Y á su vez, pasaban otros de empleados á cesantes por ley de turno revolucionario, que no pacífico. Alguna vez había de tocar el ayuno á los orgullosos moderados, aunque fuera menester arrancarles de las mesas con cuchillo, como á las lapas de la roca.

El observador indiferente á estas mudanzas entreteníase viendo pasar regocijados seres desde la región obscura á la luminosa, entonando canciones anacreónticas ó epitalámicas, y sombras que iban silenciosas desde la claridad á las tinieblas. Al gran Sebo le veíamos salir de su casa después de comer, bien apañadito de ropa, llevando entre dos dedos de la mano derecha un puro escogido de cuatro cuartos, que fumaba despacio, procurando que no se le cayera la ceniza, y á su oficina de Gobernación se encaminaba, saludando con benévola gravedad á los amigos que le salían al paso. Poco trecho recorría Centurión desde su casa de la calle de los Autores hasta Palacio, bajando por la Almudena y atravesando el arco de la Armería, sin encontrar amigos ó comilitones que en tan desamparado lugar le saliesen al encuentro para pedirle noticias de la cosa pública. Mejor era así, pues se había impuesto absoluta discreción,.. Atento á la dignidad más que á vanas pompas, limitóse, en la cuestión indumentaria, á lo preciso y estrictamente decoroso, y pensó en mejorar de vivienda, cambiando el mísero cuarto de la Cava de San Miguel por una holgada ha-

bitación en la calle de los Autores, casa vieja, pero de anchura y espacio alegre, con vista espléndida al Campo del Moro. Allí se instaló por gusto suyo y principalmente por el de su mujer, que como andaluza hipaba por las casas grandes bañadas de aire y luz. El primer cuidado de la mudanza fué la conducción de tiestos. Los dos balcones de la Cava de San Miguel remedaban los pensiles de Babilonia; diversidad de plantas en macetas, cajones y pucheros, entretenían á doña Celia, que tal era el nombre de la señora, ocupándole horas de la mañana y de la tarde en diversas faenas de jardinería y horticultura. Los cuatro balcones de la calle de los Autores, abiertos al Oeste, dieron amplitud y mayor campo á su dulce manía, y lanzándose á la arboricultura, con el primer dinero que le dió Centurión para estos esparcimientos compró una higuera, un aramo y un manzano, que con la arbustería formaban, á las horas de calor, una deliciosa espesura de regalada sombra.

En su nueva casa, visitado de pocos y buenos amigos, veía Centurión pasar la Historia, no sin tropiezos y vaivenes en su marcha, á veces precipitada, á veces lenta; vió la salida de la Reina Cristina, de tapujo, pues los demagogos querían, si no matarla, darle una pita horrorosa, homenaje á su impopularidad; vió cómo se establecía la Milicia Nacional, de lo que sacaron fabulosas ganancias los fabricantes y almacenistas de paños por la enorme confección de

uniformes; vió y leyó el Manifiesto que hubo de largar Cristina desde Portugal, quejándose de que la Nación la había tratado como á una mala suegra, y augurando calamidades sin fin; vió entrar en España huésped tan molesto como el cólera morbo; asistió á la apertura de las nuevas Cortes, que eran, para no perder la costumbre, Constituyentes y todo; vió á Pacheco salir del Ministerio de Estado, sustituyéndole don Claudio Antón de Luzuriaga, lo que no le supo mal, por ser éste un buen amigo que le estimaba de veras; y lamentó, en fin, los motines con que el loco año 54 se despedía, desórdenes provocados en unos pueblos por la inquieta Milicia, en otros por ella reprimidos.

A medida que prosperaban los árboles en los balcones de doña Celia, Centurión se iba sintiendo más inclinado al orden, y más deseoso de la estabilidad política, tomando en esto ejemplo del reino vegetal y de la Madre Naturaleza, que con lenta obra arraiga las plantas, protege la savia y asegura flores y frutos. La moderación se posesionaba de su alma, y garantida por el empleo la vida física, se sentía lleno de la dulce y fácil paciencia, que es la virtud de los hartos. Quería que todos los españoles fuesen lo mismo, y renegaba de los motines, no viendo en ellos más que una insana comezón, conatos de nacional suicidio. ¡Cuánto mejor y más práctico que estuviéramos tranquilos los españoles, disfrutando de las libertades conquistadas, y esperando en calma la Consti-

tución nueva que iban á darnos los conspicuos!... Pensando en esto todo el día, por las noches solía tener el hombre pesadillas angustiosas; soñaba que Espartero y O'Donnell se tiraban al fin los trastos á la cabeza, como decían los profetas callejeros, y venía el temido rompimiento. Con imaginario peso sobre el buche y tórax, don Mariano no podía respirar. Era una barra de plomo, y la barra de plomo era la espada de Lucena, vencedora de la de Luchana. O' Donnell triunfante reía como un diablo de los infiernos irlandeses, con glacial cinismo, entreteniéndose en limpiar los comederos de todos los esparteristas habidos y por haber. Despertaba el hombre sobresaltado, clamando: "¡Ay, que me ahogo! . . . ¡Quítate... O'Donnell! . . ." Y aun despierto persistía la sensación de horrible pesadumbre sobre el pecho. A los gritos del buen señor se despabilaba doña Celia, y sacudiendo á su esposo por el brazo de éste que tenía más próximo, le decía: "Mariano, ¿qué es eso? . . . ¿El dolor en el vacío... la opresión en el pecho?"

--Sí, mujer... es este O'Donnell...

—¿Qué O'Donnell?

—La opresión, hija. La llamo así porque.. . ya te lo expliqué la otra noche.. . Dame friegas.. . aquí.. . la opresión se me va pasando, pero el miedo no.. . Veo la gran calamidad del Reino, el rifirrafe entre estos dos caballeros. El uno tira para la Libertad, el otro para el Orden.. . Adiós, revolución bendita; adiós, principios; adiós, España. . . Y todo

para que vuelva el perro moderantismo... el atizador de estas discordias... por la cuenta que le tiene... Vaya, no friegues más. Duérmete, pobrecilla.

-Cuando me despertaron tus ayes -dijo doña Celia requiriendo el rebozo, -soñaba yo que uno de mis jacintos echaba un tallo muy largo, muy largo.. .

—¡Muy largo! -murmuró don Mariano cerrando los ojos y arrugando su faz.-Ese largo es O'Donnell.

—¿Sueñas otra vez?

-No sueño.. . pienso.

-No pienses... Oye, Mariano: treinta y dos capullos tiene mi rosal pitimini... y ya han echado la primera flor los ranúnculos de Irlanda.

—¡Irlanda.. . O'Donnell!

—¿Qué tiene que ver?... Duerme.. . yo también... Me levantaré temprano para limpiar los rosales, sembrar más extrañas, y recortar el garzoto blanco.

-Blanco es O'Donnell... el hombre blanco y frío... Duerme, Celia. Yo no puedo dormir... Pronto amanece. Oigo cantar gallos... su grito dice: "¡O'Donnell!,"...

IV

Modesto y sencillo en sus costumbres, Centurión recibía en su casa, las más de las noches, á familias amigas, unidas algunas

con lazos de parentesco á doña Celia 6 á don Mariano. Eran personas de trato corriente, de posición holgada y obscura dentro de los escalafones burocráticos. Con gen te de al to viso se trataban poco, no siendo en visitas de etiqueta, y aunque sus relaciones habían llegado á ser extensas en el curso del 54 al 55, no cultivaban más que las de cordial intimidad ó las de parentesco. Asiduos eran el comandante Nicasio Pulpis y su mujer Rosita Palomo, sobrina de doña Celia; Leovigildo Rodríguez, con su esposa Mercedes, hermana del Coronel Villaescusa, primo de Centurión, y María Luisa Milagro de Cavallieri, hermana de la Marquesa de Villares. de Tajo (Eufrasia). También frecuentaban la tertulia el comandante don Baldomero Galán y su señora doña Salomé Ulibarri (*Saloma Za Navarra*); Paco Bringas, compañero de Centurión en la oficina de Obra Pía; don Segundo Cuadrado y don Aniceto Navascués, empleados en Hacienda. De personas con título, no iba más que la Marquesa de San Blas, camarista jubilada, y de personas pudientes, las culminantes en aquella modesta sociedad eran don Gregorio Fajardo y su esposa Segismunda Rodríguez, que del 48 al 54 habían engrosado fabulosamente su fortuna. La Coronela Villaescusa y su linda hija Teresa, tenían rachas de puntualidad 6 abstención en la tertulia. Durante un mes iban todas las noches, y luego estaban seis ó siete semanas sin aportar por allí. Razón le sobraba á doña

Celia, que calificó de alocadas ó locas de remate á la madre y la hija.

Redichas y despabiladas eran María Luisa del Milagro, Rosita Palomo y la vetusta y mal retocada Marquesa de San Blas; esplendida y maciza hermosura bien conservada en sus cuarenta años, tarda en el hablar y muy limitada en sus ideas, era Salomé Ulibarri de Galán; despuntaba Segismunda por su tiesura y por el tono que se daba, no perdiendo ocasión de aludir incidental y discretamente á sus improvisadas riquezas. Más de una noche, cuando traía la actualidad asunto político, digno de ser tratado por todos los españoles que entendían de estas cosas, los caballeros, dejando á las señoras que á sus anchas picotearan sobre modas ó sobre lo caro que estaba todo en la plaza, se agrupaban en un rincón de la sala. Era éste como abreviatura del Congreso, donde todo problema se ventilaba, entendiendo por ventilación que saliesen al aire opiniones poco diversas en el fondo, y que aleteando estuviesen entre bocas y oídos, volviendo al fin cada opinión á su palomar. Tratóse allí por todo lo alto y todo lo bajo el gravísimo asunto de la Desamortización Civil y Eclesiástica, votada por las Cortes en Abril. ¿Por qué se obstinaba la Reina en no dar su sanción á esta ley? Desdichado papel hacían O'Donnell y Espartero cabalgando un día y otro en el tren de Aranjuez, con la Ley en la cartera, y volviéndose á Madrid cacareando y sin firma. Leovigildo Rodríguez y Ani-

ceto Navascués no se mordían la lengua para sacar á la vergüenza pública, con sátira cruel, las cosas de Palacio. A la colada salieron el Nuncio, Sor Patrocinio, y clérigos palaciegos ó gentiles hombres aclerigados.

Por aquellos días, empeñado el Gobierno en que bu Majestad sancionara la ley, y obstinada Isabel en negar su firma, vieron los españoles una prodigiosa intervención del cielo en nuestra política. Fué que un venerado Cristo que recibía culto en una de las más importantes iglesias del Reino, se afligió grandemente de que los pícaros gobernantes quisieran vender los bienes de Mano Muerta. Del gran sofoco y amargura que á Nuestro Señor causaban aquellas impiedades, rompió su divino cuerpo en sudor copioso de sangre. Aquí del asombro y pánico de toda la beatería de ambos sexos, que vió en el milagro sudorífico una tremenda conminación. ¡Lucidos estaban Espartero y O'Donnell y los que á entrambos ayudaron! ¡Vaya, que traernos una Revolución, y prometer con ella mayor cultura, libertades, bienestar y progresos, para salir luego con que sudaban los Cristos! La vergüenza sí que debió encender los rostros de O'Donnell y Espartero, hasta brotar la sangre por los poros. Por débiles y majagranzas que fuesen nuestros caudillos políticos, incapaces de poner á un mismo temple la voluntad y las ideas, la ignominia era en aquel caso tan grande, que hubieron de acordarse de su condición de hombres y de la confianza que

había puesto en ellos un país tratado casi siempre como manada de carneros. El de Luchana y el de Lucena se apretaron un poco los pantalones. Y la Reina firmó, y Sor Patrocinio y unos cuantos capellanes y palaciegos salieron desterrados, con viento fresco; al buen Cristo se le curaron, por mano de santo, la fuerte calentura y angustiosos sudores que sufría, y no volvió-á padecer tan molesto achaque.

Siempre que de éste y otros asuntos semejantes se trataba en la tertulia de Centurión, decía éste que el mayor flaco de nuestros caudillos era que no se atacaban bien los pantalones, y solían andar por el Gobierno y por las salas palatinas sin la necesaria tirantez del cinturón que ciñe aquella prenda de vestir. Hombres que en los campos de batalla se cinchaban hasta reventar, y arrostraban impávidos los mayores peligros con los calzones bien puestos, en cuanto se ponían á gobernar, alojábanse de cintura y desmayaban de riñones sólo con ver alguna compungida faz de persona religiosa, llamárase Nuncio ó simple monjita seráfica. La vista de un cirio les turbaba, y cualquier exorcismo de varón ultramontano les hacía temblar. Pero en fin, aquella vez se habían portado bien y merecían alabanzas de todo buen español. Conserváales Dios en tan buen temple de voluntad y con los pantalones bien sujetos.

Cuando desmayaban los temas políticos de actualidad, pasaban el rato los amigos de

Centurión entreteniditos con los burocráticos temas: se trabajaba de firme en tal oficina; el jefe de la otra era un vago que permitía hacer á cada cual lo que le viniera en gana. En Rentas Estancadas les había tocado un Director que era una fiera; la Caja de Depósitos disfruta cinco días de estero y destero, y el Director obsequiaba con dulces á los empleados el día del santo de la señora y de las niñas. . . . Luego invertían largo tiempo en designar sueldos efectivos ó sueldos probables, y la conversación era un tejido de frases como éstas: "El trabajo que me ha costado llegar á doce mil, sólo Dios lo sabe...", "Heme aquí estancado en los catorce mil, y ya tenemos á Mínguez, con sus manos lavadas, digo, sucias, encaramado en veinte mil..." "Vean ustedes á Pepito Iznardi, con el cascarón pegado todavía en semejante parte, disfrutando ya sus diez mil, que yo no pude obtener hasta pasados los treinta años. ...", "Madoz me ha dado palabra solemne de que tendré pronto diez y ocho mil...", "Pues yo, si entra en Hacienda, como parece, mi amigo don Juan Bruil, los veinte mil no hay quien me los quite..,"

El ser empleado, aun con sueldos tan para poco, creaba posición: los favorecidos por aquel Comunismo en forma burocrática, especie de imitación de la Providencia, eran, en su mayoría, personas bien educadas que, por espíritu de clase y por tradicional costumbre, vestían bien, gozaban de general estimación, y al ternaban con los ricos por su

casa. Fácilmente podían procurarse una ó más novias los chicos que lograban pescar credencial de ocho mil en sus floridos años, y se consideraba buen partido casar á la hija predilecta con un mozo de catorce mil, que gastaba guantes, y cubría su cabeza, bien peinada, con enorme *canoa* de fieltro. Llegaba á una ciudad de corto vecindario un caballere te con destino de ocho mil en Administración Subalterna, y sólo con presentarse, volvía locas á todas las señoritas de la población. En tropel se asomaban á las ventanas para verle pasar, y fácilmente introducido en las mejores casas, tomaba el papel de *lion* irresistible, á poco desenfado y cháchara que gastase. Vestía bien, usaba guantes, y un sombrero de copa que eclipsaba con su brillo á todos los del pueblo. En éste, que era de los de pesca, se daba un tono inaudito: de Madrid contaba maravillas y rarezas que embobaban á sus oyentes; en la Corte tenía innumerables relaciones; conocía marquesas, camaristas, actores celebres, caballeros y gen tiles hombres de Palacio... Era sobrino de un tío que cobraba cuarenta mil. Todo esto y su agradable figurilla bastaban para que se le estimase, y para que su alianza con cualquier familia de la localidad se considerara como una bendición.

Tales desproporciones entre la pobreza y el falso brillo de una posición burocrática, componían el tejido fundamental de aquella sociedad. ¿óvenes exis Lían que cautivaban con su fino trato y el relumbrón de una su-

perficial cultura, y, no obstante, ganaban menos dinero que un limpia-botas de la calle de Sevilla. Pelagatos mil existían? bien apañados de ropa y modales, que se alimentaban tan mal como los aguadores; pero no tenían ahorrillos que llevar á su tierra. Verdad que también había gran desproporción entre la prestancia social de muchos y su valer intelectual. Licenciados en Derecho, con ocho ó diez mil reales, que entendían algo de literatura corriente, y poseían la fácil ciencia política que está en boca de todo el mundo, ignoraban la situación del istmo de Suez, y por qué caminos van las aguas del Manzanares á Lisboa... De lo que sí estaban bien enterados todos los españoles de levita, y muchos de chaqueta, era de la guerra de Oriente, ó de Sebastopol, como ordinariamente se la nombraba. Los caballeros ilustrados, las señoras y señoritas, hasta las chiquillas, hablaban de la torre de Malakoff con familiar llaneza. El Malakoff y los *offes*, los *owskys* y los *witches* de las terminaciones rusas servían para dar mayor picante á los conceptos y giros burlescos. Ejemplo: "¿Qué pasa, amigo *Centurionowsky*, para que este usted tan triste? ¿Se confirman los temores de que *Leopoldowitch* le juegue la mala par tida al gran *Baldomeroff*?,

En el círculo de señoras, solía dar doña Cecilia conferencias sobre el cultivo de plantas de balcón, en que era consumada profesora; y cuando no había en la tertulia solteras

inocentes, ó que lo parecían, las casadas machuchas y las viudas curtidas tiraban de tijeras, y cortaban y rajaban de lo lindo en las reputaciones de damas de alta clase, pasando revista á los líos y trapicheos que habían venido á corromper la sociedad. ¡Bonita moral teníamos, y cómo andaban la familia y la religión! La sal de estos paliques era el designar por sus nombres á tantas pecadoras aristocráticas, y hacer de sus debilidades una cruel estadística. Véase la muestra: “La Villaverdeja está con Pepe Armada; la Sonseca con el chico mayor de Gravelina; á pares, ó por docenas, tiene sus líos la de Campofresco; la Cardeña habla con Manolo Montiel, y con Jacinto Pulgar la de Tordesillas.. .” Poniendo su vasta erudición en esta crónica del escándalo la veterana Marquesa de San Blas, el seco rostro se le iluminaba debajo de la pintura que lo cubría. Ella sabía más que sus oyentes; conocía todo el personal, y no había liviandad ni capricho que se le escapase... Muchas le revelaban sus secretos, y los de otras, ella los descubría con sólo husmear el ambiente. Oiganla: “Ya riñó la Navalcarazo con Jacinto Uclés; ahora está con Pepe Armada: se lo quitó á la Villaverdeja, que se ha vengado contando las historias de la Navalcarazo y enseñando cartas de ella que se procuró no sabemos cómo. La Belvis de la Jara, que presumía de virtud, anda en enredos con el más joven de los coroneles, Mariano Castañar, y la Monteorgaz se consuela de la muer-

te del chico de Yébenes, entendiéndose con Guillermo Aransis. La aristocracia de nuevo cuño no quiere quedarse atrás en este juego, y ahí tienen ustedes á la Villares de Tajo aproximándose á ese andaluz pomposo, Alvarez Guisando.. .” Y por aquí seguía. Las honradas señoras pobres, ó poco menos, que se cebaban con voraces picos en esta comidilla, no maldecían la inmoralidad sin poner en su reprobación algo de indulgencia, atribuyendo al buen vivir tales desvaríos. En la estrechez de su criterio, creían que la mayor desgracia de las altas pecadoras era el ser ricas. Doña Celia resumía diciendo: “Véase lo que trae tener tanto barro á mano, y criarse en la abundancia, madre de la ociosidad y abuela de los vicios

Por la mente de Centurión pasaban sin alterar la normalidad de su existencial los sucesos que habían de ser históricos. Casi en los días en que el Cristo sudaba, murió en Trieste don Carlos María Isidro; mas con la muerte del santón del carlismo, no murió su causa: en Cataluña y el Maestrazgo aparecieron las tan acreditadas partidas, y casi tanto como de rusos y turcos, se habló de Tristany, Boquica y Comas... Sin que ningún Cristo sudara, se retiró el Nuncio, y las relaciones con el Vaticano quedaron rotas. El verano arrojó sus ardores sobre la política. Una calurosa mañana de Julio, hallándose doña Celia en la dulce faena de regar sus tiestos y limpiar las plantas, entró don Segundo Cuadrado con la noticia de que ha-

bían estallado escandalosos motines en Cataluña y Valladolid, y de que O'Donnell, al saberlo, se tiró de los pelos y maldijo á la Milicia Nacional como raíz y fundamento de la brutal anarquía. Don Ilariano, que en mangas de camisa se paseaba por la habitación, dijo pestes del irlandés, y le acusó de estar confabulado con los *eternos enemigos de la Libertad*, para producir alborotos y desacreditar la Revolución. "*Maquiavelismo*, puro *Maquiavelismo*, querido Cuadrado. Ese hombre frío nos perderá. Acuérdesse usted de lo que anuncio. . . „ Se puso á temblar, y daba diente con diente, como si le atacara pulmonía fulminante. Trájole su mujer un chaquetón, que él endilgó presuroso, diciendo: "En medio de un ambiente abrasador, yo tirito... ¡Oh frío inmenso! Es O'Donnell que pasa.„

V

Linda era como un ángel Teresita Villaescusa, como un ángel á quien Dios permitiese abandonar la solemne -seriedad del Cielo, adoptando el reir humano. Porque, según los doctores en belleza, la de Teresita Villaescusa no habría sido tan completa sin aquel soberano don de sonrisa y risa que le iluminaba el rostro y le descubría, el alma. A todos encantaba su gracia ingenua, y la amistad y el amor se le rendían. La tez de

un blanco alabastrino, el cabello castaño, los ojos negros: ¿verdad que no pudo idear combinación más bonita el Supremo Autor de toda hermosura? Pues espérense un poco, y verán qué obra maestra. Hizo el cuerpo de proporciones discretas, ni largo ni corto; el talle esbelto, los andares graciosos, el pecho lozano. Y decían admiradores de Teresa que se había esmerado en la dentadura, haciéndola tan bella y nítida como la de los ángeles, que ni ríen ni comen. La inocente niña, que en sociedad era el hechizo de cuantos la trataban, en la intimidad doméstica se encerraba, según decía su madre Manolita Pez, en una gravedad taciturna, con tendencias á la melancolía. Educada en completa libertad de lecturas, Teresa devoraba cuantos libros caían en sus manos, novelas sentimentales ó de enredo, obras picarescas, y hasta tratados ascéticos y místicos. A los diez y ocho años gustaba menos del teatro que de la iglesia, y se dejaba llevar de sus tías, las señoras de Pez, á novenas y triduos. Daba cuenta de los ritos y solemnidades eclesiásticas á que asistía, bien compuesta y acicalada con sencilla elegancia, pues el gusto de arreglarse bien era otro de los dones con que quiso agraciarse el Soberano Fabricante de toda belleza. Su apacible dulzura y su que-rencia de lo espiritual, y aun su pulcritud modesta, daban motivo á que la madre dijese: "Esta hija mía acabará por ser monja.„ Confirmábala en tal creencia el tesón con que Teresita, después de sonreír y reír con

cuantos muchachos se le acercaban, no entraba con ninguno. Admitía bromas galantes; pero en cuanto le hablaban de relaciones y de noviazgo, se metía en la concha de su seriedad, y desaparecían de la vista de sus admiradores los maravillosos dientes.

El coronel don Andrés de Villaescusa, excelente militar, era hombre poco doméstico. Pesábale el techo de su casa; ardía el suelo bajo sus pies: las altas horas de la noche le encontraban en tertulias de cafés ó casinos. Liberal en política, lo era más aún con su mujer, á quien dejaba en la plenitud de los derechos, sin ningún rigor en los deberes. Las pasiones que al coronel dominaban eran los caballos, el juego y el continuo disputar en casinos, cafés y tertulias de hombres, llevando siempre la contraria, embistiendo con impetuosa dialéctica los problemas más difíciles. Menos sus obligaciones militares, todo lo dejaba por hablar, y discutir, y defender las opiniones más apartadas del sentir general: era la eterna oposición. En estos placeres de la charla maniática, contrariábale un crónico padecimiento del estómago, que de tiempo en tiempo con violencia le acometía, haciéndole atrabiliario y por demás impertinente. Se dejaba cuidar por su esposa en la crudeza de los accesos; pero cuando éstos pasaban, volvía estúpidamente al vivir desordenado, toda la noche en febriles disputas, comiendo mal y á deshora, renegando del Verbo. De su matrimonio con Manolita Pez no tuvo mas sucesión que Te=

resa. De niña la mimaba. Viéndola mujer no pensó más que en librarse del cuidado; que exige la doncellez, casando pronto á la chica, que para eso nacen las hembras. "No andemos con remilgos-decía.-Es locura esperar á que le salgan marqueses, banqueros ó accionistas de minas. El primer teniente que pase, 6 el primer oficinista con diez mil, se la lleva, y á vivir., A risa tomaba lo del monjío, y pensaba que las tristezas de su hija en casa no eran más que ganas de novio, y cavilación en las dificultades para encontrarle bueno.

A fines del 55, en la tertulia de Centurión, le salió á Teresa un novio, que parecía del agrado de ella. Era un teniente muy simpático, de la familia de Ruiz Ochoa. Pero los sangrientos desórdenes de Valladolid interrumpieron el tanteo de amor, porque el joven oficial salió de la Corte con las tropas destinadas á contener aquel movimiento. Teresa, con fría inconstancia, aceptó los obsequios de otro, Hafaquito Bueno de Guzmán, de familia bien acomodada; pero á los tres meses de telégrafos en el balcón y de cartitas, fué despedido el jovenzuelo, y sustituido por un estudiante de Caminos que sabía sin fin de matemáticas y hablaba el francés con perfección. Al matemático sucedió un poeta; al poeta, un chico del comercio alto, Trujillo y Arnáiz; á éste, un médico novel, y un pintor, y un hijo del Marqués de Telleria, y un sobrino del contratista de la Plaza de Toros, con poca bambolla y mu=

chos cuartos, y un joven filósofo medio cegato, y otro, y otro, en cáfila interminable, peregrinación de criaturas hacia el Limbo.

Rodaba el Tiempo, rodaba la Historia, sin que Teresita encontrase novio de que ahorcarse. Quería, sin duda, que el árbol fuese muy alto, ó no había tejido aún cuerda bastante sólida para el caso. Radiante de belleza, y dislocando á cuantos la veían y más aún á los que la trataban, entro la señorita en los veinte años. La Historia, en aquellos días fecundos, traía hoy una novedad, mañana otra, menudencias del vivir público que anunciaban sucesos grandes. Ausente el coronel Villaescusa, que operaba en Andalucía contra milicianos desmandados, y contra otros que se apodaban Republicanos ó Socialistas; desentendida Mercedes de su hermano, Centurión y doña Celia eran los encargados de recordar á la niña la obligación de decidirse pronto. Ya se iba haciendo célebre por la descarada seducción con que al paso de los novios los enganchaba, así como por la fría displicencia con que los despedía. Esta conducta de Teresa, que se interpretaba de muy distintos modos, era causa de que se retrajeran muchos candidatos que venían con el mejor de los fines, y de que otros, desairados á las primeras de cambio, hablaran pestes de ella y de su madre y de toda la familia.

Manolita Pez, la verdad sea dicha, no se cuidaba de dar á su hija ejemplo de seriedad ni de constancia, y en su frívola cabeza no

dejaban las ligerezas propias espacio para los sanos pensamientos que debía consagrar á la guía y dirección de la desconcertada joven. Doña Celia prestaba más atención á sus tiestos que al cultivo de su parentela, y don Mariano, sobresaltado noche y día por el mal sesgo que iba tomando la cosa pública, no tenía tranquilidad para poner mano en aquel negocio de familia. "Déjalas, Celia--decía,-- que harto tengo yo que pensar en las cosas del procomún, y en las desdichas que vienen sobre esta pobre patria nuestra. Si la madre es loca y la hija necia, y ninguna de las dos sabe hacerse cargo de las realidades de la vida, ¿qué adelantaremos con meternos á consejeros y redentores? Arréglense como quieran, y que se las lleven los demonios. "

Tomaba las cosas el buen señor muy á pechos y era su impresionabilidad demasiado viva. Lo que debía disgustarle, le causaba hondísima pena; lo que para otro sería molestia ó desagrado, para él era una desgracia, y su ánimo turbado convertía las ondulaciones del terreno en montes infranqueables. Detestaba el papel satírico llamado *EL Padre Cobos*, considerándolo como la más fea manifestación de la desvergüenza pública. Se había impuesto la obligación de no leerlo nunca, y fielmente la cumplía. Pero no faltaba un amigo indiscreto y maleante que en la oficina ó en el café le recitase alguna cruel *indirecta* del maligno fraile, ó graciosas coplas y chistes sangrientos,

todo ello sin otro fin que denigrar al vencedor de Luchana y pisotear su figura prestigiosa. Ponía sus gritos en el cielo don Mariano, y tomaba entre ojos para siempre al amigo que tales bromas se permitía. No era buen español quien se recreaba con el veneno de aquel semanario y con la suciedad asquerosa de sus burlas. Leer públicamente *El Padre Cobos* era hacer *cínico* alarde de *moderantismo*; llevarlo en el bolsillo, de *ocultis*, para leerlo á solas, era hipocresía y traición cobarde, *indigna de los hombres del Progreso*.

Los desmanes de la plebe en ciudades de Castilla, sacaban á don Mariano de quicio. En todo ello veía *la oculta mano de la reacción* moviendo los titeres demagógicos y comunistas. ¿Qué se quería? Pues sencillamente desacreditar el régimen liberal, y presentarnos á Espartero como incapaz de gobernar pacíficamente á la Nación. Los *retrógrados de todos los matices*, y los facciosos y clérigos, andaban en este fregado, y para engañar al pueblo y arrastrarlo á los motines, alzaban *maquiavélicamente* la bandera de *La carestía del pan*... ¡Farsantes, politicastos de tahona, y entendimientos sin levadura! ¡Qué tendrá que ver la hogaza con los principios!.. “Pero, Señor-decía, -si tenemos Cortes legalmente convocadas, que sin levantar mano se ocupan en darnos una Constitución nueva, pues las viejas ya no sirven, ¿por qué no esperamos á que esa nueva Constitución se remate, se sancione

y promulgue, para ver cuán lindamente nos asegura, *á clavo pasado*, los principios de Libertad, resolviendo para siempre la cuestión del pan y del queso, y de los garbanzos de Dios?..

En el café de Platerías se reunían á media tarde, después de la oficina, media docena de progresistas chapados y claveados, como las históricas arcas que en los pueblos guardan las viejas ejecutorias y los desusados trajes. Alzaba el gallo en la reunión el buen don Mariano, como el orador mas autorizado y sesudo. Había que oírle: “Hasta los ciegos ven ya las intenciones de O'Donnell. Con sus intrigas, ese irlandés maldito nos pone al borde del abismo.. . ¿Qué creerán que ha inventado el tío para dar al traste con el progreso? Pues esa gaita del justo medio, y de que se vaya formando un nuevo partido con gente de la Libertad y gente de la Reacción.. . ó lo que es lo mismo, que seamos *progresistas retrógrados*, ó *despóticos avanzados*... ¡Vaya un pisto, señores! ¿Saben ustedes de algún cangrejo que ande hacia adelante, ó de lebreles que corran hacia atrás.. .? ¿Quieren decirme qué significa el habernos metido en el Ministerio á ese jovencito burgalés? El tal es un modelo vivo de lo que, según O'Donnell, han de ser los hombres futuros: hombres con un pie en el Retroceso y otro en el *Adelanto*. No le niego yo el talento á ese Alonsito Martínez, ó Manolito Alonso, que á estas horas no sé bien su nombre.. . pero lo

que digo: ¿tan escaso anda el Partido de hombres graves y experimentados, que sea preciso echar mano de criaturas recién salidas de la Universidad para que nos gobiernen? ”

Y otra tarde: “¡Cómo se va realizando todo lo que dije! Ya ven ustedes: el Olózaga nos va saliendo grilla, y aunque parece que tira contra O'Donnell, tira contra el Duque. Uno y otro estorban á su ambición sin límites.. . ¿Y qué me dicen del Ríos Rosas, ese á quien ha dejado tan mal sabor de boca el deslucido papel que hizo en el *Ministerio metralla*? Cuidado que el hombre tiene bilis y malas pulgas. Dicen que es moral; pero yo sostengo que Moralidad y Reacción rabian de verse juntos. Ya sabemos cómo estos señores del escrúpulo acaban tragándose medio País. Kíos Rosas tira contra Espartero y la Libertad desde el campo *cangrejil*, y desde el campo del democratismo tira Estanislao Figueras.. . otro que tal.. . Figueras, Fernando Garrido y Orénse quieren llevarnos á la anarquía, con esa maldita república que no admite Trono... ¡Como si pudiera existir la Libertad sin Trono!... En fin, que al Duque le tienen aburrido. El no dice nada; pero bien se le conoce que está más que harto de este paisanaje, y que el mejor día se nos atufa, lo echa todo á rodar, y adiós Libertad, adiós Trono, adiós Milicia. Despidámonos de los buenos principios, y de la Moralidad....,

Y otras tardes, allá por Enero del 56 y

meses sucesivos: “El nuevo Ministerio no me disgusta, porque sale de Fomento el joven burgalés, y entra en Gobernación Escosura. Observen ustedes que con Escosura, Santa Cruz y Luján tenemos tres progresistas en el Gabinete; pero no son de los *pueros*, pues estos se quedan, por lo visto, para vestir milicianos, digo, imágenes. Ya no es un secreto para nadie que el irlandés se entienda con Palacio para barrernos. En Palacio le dan la escoba.. . ¿Con que tenemos de Capitán General al *general bonito*? ¿Y ese modo de señalar qué significa? Bobalicones del Progreso, ¿no habéis reparado que todos los mandos militares están en manos de amiguitos y compinches de O'Donnell? Ros de Olano, Director de Artillería; Hoyos, de Infantería... ¿Qué tal, Escosura? ¿Qué dices? El Duque, como personificación de la lealtad y de la consecuencia, desprecia las personalidades y se atiene á los principios.. . Espartero es Cristo; O'Donnell, Iscariote.. . ¿Y Palacio?.. . Palacio es la Sinagoga.,,

VI

Concuerdan todos los historiadores en que fué un día de Febrero del 56 cuando Teresita Villaescusa despidió á su vigésimo-sexto novio, Alejandrito Sánchez Botín, joven elegante, con buen empleo en Gracia y

Justicia, y además medianamente rico por su casa. Tan, bellas cualidades no impidieron que Teresa le diese el canuto con la fórmula más despectiva. "Alejandrito, su figura de usted me empalaga, y su elegancia se me sienta en la boca del estómago. Va usted por la calle mirándose en los vidrios de los escaparates para ver cómo le cae la ropa... y cuando no hace esto, hace otra cosa peor, que es mirarse los pies chiquitos que le ha dado Dios, y las botitas bien ajustadas. Ea, ni pintado quiero ver á un hombre que gasta pies más chicos que los míos... ¿Que tiene usted una tía Marquesa, y en la Habana un tío que apalea las onzas?.. Bueno: pues deles usted memorias... y que escriban.. . ¿Que su papá le ha prometido comprarle un caballo, y que cuando lo tenga me paseará la calle, y hará delante de este balcón piruetas muy bonitas? Andese con cuidado, no se le espante el animal y se apee usted por las orejas, como aquel otro que conmigo hablaba.. . **No le** valió ser de Caballería... Créame: no le conviene andar en esos trotes. Usted á patita, pisando hormigas con ese calzado tan mono, ó en el coche de su tía la señá Marquesa.. . Y otra cosa, Alejandrito: ¿de donde ha sacado usted que es elegán te dejarse crecer una uña como esa que usted lleva, larga de una pulgada, y emplear en cuidarla y limpiarla tanto tiempo y tanta paciencia? ¡Bonito papel hace un caballero mirándose en la uña como si fuera un espejo, y acompasando los movimientos de

la mano para que no, se le rompa esa preciosidad!... esa porquena, digo yo, por más que la limpie con potasa y la tenga como el marfil.. . Por todas estas cosas, me es usted antipático, y si admití sus relaciones fué porque mamá se empeñó en ello, y no me dejaba vivir... Alejandrito por arriba, Alejandrito por abajo, como si fuera Alejandrito la flor de la canela... En fin, diviértase, y cuide bien la uña, que esas cosas tan miradas, y en las que se ponen los cinco sentidos, se rompen cuando menos se piensa... Agur.. . y no se acuerde más de mí.. ."

No constan las protestas que debió de hacer el galán de la uña despedido con modos tan expeditos y desusados. Ello es que tomó la puerta, y que Manolita Pez se lió con su hija en furioso altercado por aquella brutal ruptura, que en un instante destruía los risueños cálculos económicos de la egoísta mamá. Entró poco después de la disputa Centurión: iba no más que á preguntar por su primo Villaescusa, que aquellos días había tenido un fuerte y alarmante acceso de su mal en provincia lejana. Manuela le tranquilizó, mostrándole una carta de Andrés de fecha reciente.. . Hablaron un poco de política, que era el hablar más común en aquel revuelto año, y Teresa, con jovial malicia, se entretuvo en mortificar á su tío con las bromas que más en lo vivo le lastimaban... Cogió de la mesa un número de **El Padre Cobos**, como si cogiera unas disciplinas, y sin hacer caso del gesto horripilante de Centu.

rión y de la airada voz que decía: "¡no quiero, no quiero saber!,, leyó esta cruel sátira: "Se conoce á la Moralidad progresista por el ruido de los cencerros... tapados.,, — ¡Déjame en paz, chiquilla! .. Lee para tí esas infamias.,,

Se tapaba los oídos, retirábase al otro extremo de la sala; pero tras él iba Teresa con el papel enarbolado, y risueña, sin piedad, soltaba esta cuchufleta: "Adoquín y camueso... son la sal y pimienta del Progreso. "

-Te digo que calles, ó me voy de tu casa... Una señorita bien educada y de principios no debe repetir tales indecencias. Manuela, llama al orden á esta niña loca.,,

Pero la señora de Villaescusa encontrábase aquel día en una situación de sobresalto y ansiedad que la incapacitaba para el conocimiento de los hechos comunes que á su alrededor ocurrían. Distráida y con el pensamiento lejos de su casa, no decía más que: "Niña, niña, juicio. ", Pero Teresi ta no hacía caso de su madre, y acosó á Centurión, que huyendo de ella y del maldito fraile procaz, se había refugiado en el gabinete próximo. La diabólica mozuela repetía, poniéndole música, un dicharacho del periódico: "*Muchacho, ¿qué gritan?—¡Viva la libertad! -Pues atranca la puerta. " Poco valían tales chistes, que como todos los del famoso papel, con menos sal que malicia, eran desahogo de sectarios, dispuestos á cometer en doble escala los pecados políticos que censuraban. Pero en los oídos de don Mariano

sonaban á *de profundis*, y antes muriera que encontrar gracioso lo que en su criterio inflexible era depravado y canallesco. El hombre bufaba, y le faltó poco para poner sus dedos como garras en el blanco pescuezo de la casquivana señorita. Esta volvió á la sala riendo á todo trapo. Su madre, súbitamente asaltada de una idea y propósito que podían ser solución venturosa de la crisis que agobiaba su ánimo, cogió á Teresita por un brazo, y adelgazando la voz todo lo posible, le dijo: "Bribona, me estás poniendo á Mariano-en la peor disposición.. . Yo le necesito cordero, y con tus tonterías está el hombre como los toros huídos...¡A buena parte voy! .. En vez de preparármele y cuadrármele bien, 6 de entontecerle con finuras y zalamerías, me le has puesto furioso. . . En fin, quita de aquí ese maldito papelucho; lárgate á tu cuarto, ó al comedor, y déjame sola con tu tío. . . con la fiera... No sé cómo embestirle.. . no sé cómo atacarle.. .

¡Infeliz don Mariano! Aquel día se tuvo por el más. infortunado de los mortales, dejado de la mano de Dios y maldito de los hombres, porque la niña, azotándole y escarneciéndole con *El Padre Cobos*, y la lagartona de la madre levantando sobre su cabeza el corvo sable de cortante filo, le corrompieron los humores y le ennegrecieron el alma. ¡Vaya un día que entre las dos le daban! En vez de entrar en aquella casa de maldición, ¿por qué, Señor, por qué no se escondió cien estados bajo tierra? No se cuen-

tan, por ser ya cosa sabida, los circunloquios, epifonemas, quiebros de frase, remilgos, pucheros y palmaditas con que Manuela Pez formuló y adornó la penosísima petición de dinero para urgentes, inaplazables atenciones de la familia.. .A Centurión se le iba un color, y otro se le venía. Suspiraba ó daba resoplidos echando de su pecho una fragorosa tempestad.. .Sintiendo su cráneo partido en dos por el tajante filo, no sabía qué determinar. Acceder era grave caso, porque tres meses antes le saqueó Manolita sin devolverle lo prestado. Negarse en redondo no le pareció bien, porque Andrés, al partir, le había dicho: “Querido Mariano: te ruego que, si fuese menester, atiendas, *etcétera*.. . que á mi regreso yo. . . *etcétera* . . .”. En tan horrible trance, pensó que amarrado al pilar donde le azotaban, no padeció más nuestro Señor Jesucristo... Por fin, cayó el hombre con mortal espasmo en el consentimiento, bañado el rostro en sudor frío de angustia.. . No era bastante firme de carácter para la negativa, ni bastante hipócrita para disimular su dolor inmenso ante la catástrofe. Al retirarse diciendo con lúgubre voz volveré *con el dinero*, parecía un ajusticiado á quien el verdugo manda por el instrumento de suplicio.. .

Hallábase doña Celia en el gratísimo pasatiempo de arreglar sus verjeles, cuando vió entrar al buen don Mariano con cara de amargura y consternación. “¿Qué tienes, hijo? ¿Ocurre alguna novedad?..”, le dijo des-

tacándose del umbrío follaje para llegarse á él y ponerle sus manos en los hombros. Por no afligir á su bendita esposa, Centurión cultivaba el disimulo y se tragaba sus penas, ó las convertía en contrariedades leves. Dejándose caer en el sofá y componiendo el rostro, tranquilizó á la señora con estas apacibles razones: “Nada, mujer: no me ocurre nada de particular.. . No es más sino que.. . ese maldito *Padre Cobos*.. . Un amigo de éstos que no tienen sentido común, ni delicadeza, ni caballerosidad.. . me enseñó el último número. De nada me valió protestar.. . Yo bufaba, y él me leía un parrafillo asqueroso donde dicen que los del Progreso somos inmorales, que los del Progreso defraudamos y hacemos chanchullos.. . Ya ves... ¡Y esto se escribe, esto se propaga por los que...! Me callo, sí, me callo; no quiero incomodarme. Es tontería que me sulfure; tienes razón... Punto en boca; pero antes déjame que repita lo que cien veces dije: de estas burdas infamias tiene la culpa O'Donnell.. . El, él es el causante... Bajo cuerda, nuestro maldito irlandés azuca, pe Bizca el rabo á estos sinvergüenzas, todos ellos moderados y realistas, para que hablen mal de nosotros y pongan al Duque en el disparadero... Es mi tema. ¿Que nos insultan? La lengua de O'Donnell. ¿Que estallan motines? La mano de O'Donnell. ¿Que nos piden dinero y tenemos que darlo? El sable de O'Donnell.. .”

En los días siguientes, cuando arreciaban,

según Centurión, los manejos del de Luceña para deshacerse de Espartero, y cuando Escosura lucía su galana elocuencia en las Cortes, la Coronela Villaescusa y su hija subieron un grado en el escalafón social, concurriendo á las reuniones íntimas que Valeria Socobio daba los lunes en su linda casa, calle de las Torres. Halláronse Manolita y Teresita en un ambiente de elegancia muy superior al de la humilde tertulia de Centurión; y si por virtud de lallaneza de nuestras costumbres, algunas figuras concurrentes á la morada de la calle de los Autores se dejaban ver en la de Valeria, como la Marquesa de San Blas, Gregorio Fajardo y su mujer Segismunda, también iban allí personas de pelaje muy fino, como Guillermo de Aransis, y otros que irán saliendo. Es lo bueno que tenía y tiene nuestra sociedad: en ella las clases se dislocan, se compenetran, y van prestándose unas á otras sus elementos, y haciendo correr la savia social por las ramas de diferentes árboles que, ingertados entre sí, llegan á constituir un árbol solo.

Guapísimas eran Manuela y Teresita, cada una según su tipo y edad; la madre, un Verano espléndido derivando hacia los tonos naranjados de Otoño; la hija, plena Primavera rosada y luminosa. A la vera de ambas iban á buscar sombra y frescura los amadores finos, ó los timadores y petardistas de amor. Coqueteaba la mamá con arte exquisito, colocándose al fin en un reducto de

honradez hipócrita que no engañaba á todos, y Teresilla jugaba al noviazgo con risueña desenvoltura, pasando los galanes de la mano de admitir á la mano de rechazar, como en el juego de *Sopla, que vivo telo doy*.

Con franca simpatía se unieron Valeria y Teresita. Comunes eran los secretos de una y otra, todavía de poca importancia y gravedad. Juntas paseaban los más de los días, y juntas iban al mayor recreo de Valeria, que era el recorrido de tiendas, comprando, revolviendo, examinando el género nuevo acabadito de sacar de las cajas llegadas de París. El furor de novedades había producido dos efectos dis tintos: embellecer la casa de Valeria hasta convertirla en un lindísimo muestrario de muebles y cortinas, y esquilmar el bolsillo de don Serafín del Socobio, hasta que el buen señor y doña Encarnación pronunciaron el terrible non *possumus*. De aquí resultó que Valeria, por gradación ascendente de su fiebre suntuaria, que atajar quería sin voluntad firme para ello, se fué llenando de deudas, cortas al principio, engrosadas luego, hasta que, creciendo y multiplicándose, la tenían en constante inquietud. Para colmo de desdicha, Rogelio Navascués, en vez de llevar dinero á casa, se gastaba en el Casino toda su paga, y era, además insaciable sanguijuela que desangraba horriblemente el bolsillo de la esposa, nutrido por la pensión que daban á ésta sus padres. Tales razones y el absoluto enfriamiento del amor que tuvo á su marido,

labraron en el ánimo de Valeria la idea y el propósito de desembarazarse de tan gran calamidad. No había más que un medio: mandarle á Filipinas, con lo cual ella se veía libre de él, y él cortaba por lo sano la insostenible situación á que le habían llevado sus estúpidos vicios.

Iniciado el proyecto por la esposa, el marido lo encontró de perlas. Quería pasarse por agua, y salir á un mundo nuevo donde no le conocieran. Manos á la obra. Valeria trabajó el asunto con febril actividad en Febrero y Marzo, teclando las amistades y relaciones de su familia con personajes del Progreso. Moncasi, Sorní, Montesinos, Allende Salazar ofrecían; mas todo quedaba en agua de cerrajas. Dirigióse luego á los amigos de O'Donnell, á Vega Armijo, Ulloa, Garbera, y ello fue mano de santo. No había, no, hombre como O'Donnell: su sombra era benéfica, y en ella encontraban su paz las familias. A principios de Abril recibió Navascués el pase á Filipinas, con ascenso, y no esperó muchos días para ponerse en marcha, porque Valeria, modelo de esposas precavidas, le tenía ya dispuesta toda la ropa que había de llevar: las camisas ligeras como tela de araña, los chalecos de piqué, levitines de crudillo... Todo lo adquirió la dama en las mejores tiendas, y del genero superior, por aquello de *al enemigo que huye, puente de plata*. ¡Qué descansada se quedó la pobre! No podía con su alma de la fatiga y ajeteo de arreglarle en tan po-

cos días el copioso surtido de *ropa para países tropicales*.

Horas después de aquella en que la diligencia de Andalucía se llevó á Rogelio, Valeria dijo á su cordial amiga Teresita: "¡Ay, qué descanso! . . . Si en España tuviéramos Divorcio, no necesitaríamos tener Filipinas.,"

Y la otra: "¡Filipinas! Alargar la cadena miles de leguas, ¿no es lo mismo que romperla?.,"

VII

Consecuentes en su fraternal amistad, Valeria y Teresita pasaban juntas días enteros, muy á gusto de ambas, y á gusto también de Manolita Pez, que podía campar sin ninguna traba, y espaciarse sus antojos por el libre golfo de la vida matritense, poniendo á su niña bajo la custodia de una señora casada de buena conducta, que era lo prevenido por los cánones sociales. Cumplía Manolita con la moral por lo tocante á su hija, y aliviada quedaba con esto su conciencia para poder cargar con los pecadillos propios. Muchos días almorzaba y comía Teresa con su amiga, y algunas noches también allí dormía, por la inocente causa de volver muy tarde del teatro, y no tener persona mayor y de respeto que tan á deshora la llevase á casa de su madre. Al poco tiempo de esta

intimidad, observó la niña de Villaescusa que las atenciones con que Guillermo de Aransis á la señora de Navascués distinguía, iban perdiendo su colorido platónico. Era Teresita una de estas vírgenes que, por asistir demasiado cerca al batallar de las pasiones, están privadas de toda inocencia: no bien ocurridos los hechos, los comprendía y apreciaba en toda su realgravedad, sin asustarse de cosa alguna. Viendo las visitas de Guillermo á horas desusadas, y las salidas extemporáneas de la dama, se hizo dueña de la verdad. Su confianza con Valeria la llevó á una sinceridad ingenua de *enfant terrible*, y como quien no hace nada, sin asomos de severidad ni dejo malicioso, interrogó á su amiga sobre tan escabrosos particulares. En su acento vibraba un candor que en su alma no existía. Respondióle Valeria con cierto embarazo, empezando diferentes frases que quedaron sin terminar, y concluyó así: “¿Para que quieres tú más explicaciones?... Estas cosas no las entienden las solteras...”

Saliendo aquel mismo día las amigas al jaleo de tiendas, vió Teresita con asombro que Valeria pagaba cuentas atrasadas, lanzándose á nuevas compras de telas y faralaes de vestir. Generosa y amable, la dama obsequió á su amiga con un corte de vestido para verano, elegantísimo, de extremada novedad y con el más puro sello parisiense, regalándole de añadidura, un canesú y un miriñaque de pita de hilo, última novedad.

Con sincera gratitud acogió Teresa estos obsequios, y los estimó más porque su madre la tenía bastante desairadita de ropa, con sólo dos trajes nuevos, y uno del año mil, transformado ya tres veces.

No estaba descontenta Teresa en aquellos días, que ya eran de franco Verano, y el conocimiento del enredo de Valeria con Aransis despertaba en ella tanto interés como una novela de las mejores que entonces se escribían. Novela era, viva, de estas que entretienen y no asustan. Personaje de novela le pareció Aransis, guapo, joven, condiciones precisas para la figuración poética, la cual era más grande y sutil por sus maneras exquisitas, y el derroche de dinero que suponían sus trajee, coches y todo el tren de su dorada existencia. Y no fue Guillermo el único personaje novelesco que por entonces mantenía el espíritu de Teresa en continua soñación. Desde los comienzos de Mayo se personaba en los *Lunes* de Valeria un joven muy guapo, de belleza distinta de la de Aransis, pero no menos atractiva. Era rubio, de azules y dulces ojos, con una barba ideal, de corte y finura semejantes á la de Nuestro Señor Jesucristo, tal como le representan Correggio y Van-Dyck. Dominaba en sus pensamientos la melancolía, como en su voz los tonos apacibles. Era extremeño; se llamaba Sixto Cámara. A Teresa cautivó desde el primer día por su conversación fina, por el atrevimiento de sus ideas, y la noble lealtad que

su trato, como toda su persona, revelaba. Gozosa le veía llegar á la reunión, y con mayor gozo veía la preferencia que por ella mostró desde la primera noche, entrando al poco tiempo por la senda florida del galanteo. Creyó Valeria que en aquel noviazgo sería Teresa más perseverante que en los anteriores, y de ello se alegraba: Manuela Pez, en cambio, no parecía gustosa de que su hija se insinuase con el galán de la barba bonita, y así se lo manifestó con razones de peso, la noche de un lunes, al volver á casa rendidas de tanto charlar y de un poquito de bailoteo.

“Mira, Teresa-le dijo: -te he reñido por tu ligereza en admitir y despachar novios, y ahora, que te veo más sentadita, también te riño, porque das en ser consecuente con uno que no te conviene poco ni mucho. Ya debes decidirte, fijándote en aquellos que puedan sacarte de pobre, y reservando tus despachaderas para los barbilindos que no traen nada de substancia. Los tiempos están malos, vendrán otros peores, y como no te cases con un rico, no sé qué va á ser de tí. Despreciaste al que yo te propuse, Alejandro Sánchez Botín, y ahora te veo entontecida y acaramelada con el don Sixto, del cual me han dicho que con todo su saber, y su hablar modoso, y su vestir elegante, y su barbita, no es más que un tris. te pelagatos, con lo comido por lo servido, y los pocos reales que saca de algún peiriódico. ¿Te parece á ti que es buen porve-

nir un papel publico y las rentas que pueda dar?... Y hay otra cosa: del don Sixto me han dicho que es *demagogo*. ¿Sabes lo que es esto? Pues tener ideas disolventes, querer derribar el Trono, y puede que también el Altar, y traernos un Gobierno de anarquía, que es, como quien dice, la gentuza. No, hija mía: apártate de esto, y no te me hagas demagoga, la peor cosa que se puede ser. Figúrate el porvenir de un hombre que jamás desempeñará un destino del Gobierno, porque estos no se dan á tales tipos... No des á demagogos, y si me apuras, ni á progresistas, el sí que te piden, pues harías trato con el hambre y la desnudez. Ten juicio y fijate en alguno que sea resueltamente del partido de O'Donnell, el hombre que muy pronto ha de coger la sartén por el mango... Con que, fuera el don Sixto, ó entreténle hasta que venga el bueno... que vendrá, yo te aseguro que vendrá.

Oyó estas razones y sabios consejos Teresita, fingiendo admitirlos como palabra divina; mas en su interior se propuso hacer su gusto, que en esto iba á parar siempre con maestra de tan poca autoridad como su madre. Al día siguiente la llamó Valeria; fué, charlaron... Tratóbase de organizar una temporadita en la Granja, donde se divertirían mucho, si la Coronela daba permiso á Teresa para ir con su amiga. Examinaban las dificultades que para esto podían surgir, y la resistencia que había de oponer Manuela si no la invitaban también á ser de la parti-

da, cuando entró Aransis inquieto, y contó que en el Consejo con Su Majestad, aquella mañana, O'Donnell y Escosura habían rifado de una manera solemne y ruidosa. La Reina se decidía por O'Donnell, y Espartero, desairado en la persona del Ministro que representaba su política, había dicho: *vámonos*. El *vámonos*, 6 el yo también me voy del Duque de la Victoria, era una proclama revolucionaria. Si Espartero, apoyado en las Cortes y al frente de la Milicia Nacional, daba á don Leopoldo la batalla, ardería Madrid. Había que desistir del viaje á la Granja mientras no se aclarase el horizonte. No se asustaron la señora y señorita tanto como Guillermo esperaba; antes bien, dijeron que les gustaban las trifulcas, y que si había de venir revolución gorda, viniera de una vez para ver si se quedaban con España los Nacionales, 6 se quedaba O'Donnell, con su personal de caballeros elegantes, limpios y vestidos á la última moda. Esto era lo más probable y lo más revolucionario, pues la ramplonería y ordinariez debían ser desterradas para siempre de este hidalgo suelo.

Observó Teresa que Aransis no estaba contento, y que las anunciadas revueltas le contrariaban. Sintiendo acaso preferencias por éstas ó las otras ideas políticas, ¿temía verlas derrotadas en la próxima lucha? Esto no podía ser, pues hartó sabían Valeria y Teresita que el ocioso galán, aunque inclinado en su espíritu á las tendencias liberales, era en la práctica un gran escéptico,

y no se dignaba empadronar su nombre ilustre en el censo progresista ni en el moderado. Las gloriosas espadas no le llevaban tras sí, y con igual indiferencia veía los resplandores de la de Luchana, de la de Lucena 6 de Torrejón. Sin duda, el endiablado humor de Aransis provenía de algún contratiempo relacionado con la política por extraños, engranajes, pero que no era la política misma. Así lo pensaba Valeria; así también Teresa, que aunque más talentuda que su amiga, érale inferior en el conocimiento del mundo. Ninguna de las dos penetró el arcano. La Historia lo sabe, y lo revelará, pues no sería Historia si no fue. se indiscreta.

Guillermo de Aransis, Marqués de Loarre por sucesión directa, Conde de Sámanes y de Perpellá por su parte en la herencia de San Salomó, era un joven de excelentes prendas, corazón bueno, inteligencia viva; prendas ¡ay! que se hallaban en el ahogadas 6 por lo menos comprimidas debajo del avasallador prurito de elegancia. Resplandor de la belleza es la elegancia, y como tal, no puede negársele la casta divina; pero cuando al puro fin de elegancia se subordina toda la existencia, alma, cuerpo, voluntad, pensamientos, sobreviene una deformación del sér, horrible y lastimosa, aunque, en apariencia, no caiga dentro del espacio de la fealdad. Dotado de atractivos, hermosa figura, palabra fácil y seductora, no vivía más que para agregar á su persona

todos los ornamentos y toda la exterioridad que había de darle brillo y supremacía evidentes entre los individuos de su clase. Exaltado su amor propio, no reparaba en medios para obtener tal supremacía y hacerla indiscutible; sus trajes habían de ser lo más notorios por el sello de la personalidad, siguiendo la moda con el precepto sutil de acatarla sin parecerse á los que ciegamente la seguían. Había de ser lo suyo distinto delo general, sin disonancia, ó con sólo una disonancia que, por muy discreta, llevaba en sí la deseada y siempre perseguida superioridad. Se preciaba, ó de inventar algo en el arte de vestir, ó de ser el primero que importase de los talleres parisienses las formas nuevas, cuidando de presentarlas modificadas por su gusto propio antes que el uso de los demás las generalizara. En todo esto, para que resultase verdadera elegancia, la naturalidad sin estudio alejaba toda sombra de afectación.

A estos primores del vestir seguían los del andar en coche. Muy santo y muy bueno, legítimo á todas luces, es que no salgan á pie los ricos, y que gasten coche para su comodidad, decoro y recreo; pero que se pasen el día ostentando formas y estilos nuevos de carruajes, guiándolos con más trabajo de cocheros que descanso de señores, es un extremo de vanidad rayano en la tontería. El elegante toma con esto un carácter profesional; siente sobre sí la mirada crítica y exigente del público; ha de divertirse antes

que divertirse; los bonitos caballos de tiro y de silla pregonan su riqueza y buen gusto, y al fin se estima y alaba más la gallardía de sus bestias que la suya propia.

Naturalmente, las vanidades del orden suntuario iban á resumirse y coronarse en la vanidad amorosa. Aransis llegó á creer que uno de los principales fines de la Humanidad era que se prendasen de él todas las mujeres hermosas que en Madrid había. Lo consideraba en ellas como una obligación, y en sí como un cumplimiento de las leyes de su destino. Con todas entraba, alcurniadas y plebeyas, más afortunado tal vez en las zonas altas que en las medias de la sociedad, por venir esta corrupción de arriba para abajo, cosa en verdad que no es nueva en la Historia de los pueblos. Imposible referir todas las proezas de amor con que ilustró su juventud el Marqués de Loarre, y sobre difícil, la estadística sería poco interesante, por carecer estas aventuras, en el prosáico siglo XIX, de la poesía erótica y caballeresca que en edades de más duras costumbres tuvieron. La tolerancia de hecho encubierta con la gatzmoñería pública, la flexibilidad moral y el culto frío y de pura fórmula que la virtud recibía, quitaban toda intensidad dramática á las transgresiones de la ley. Salían de los palacios estas historias, sin que al pasar de la realidad á las lenguas, movieran ruidosamente la opinión, ni escandalizaran en grado más alto que el común de los sucesos privados y públicos. Como los pronun-

ciamientos y motines, como las revoluciones á tiros ó á discursos por ganar el poder, estas inmoralidades del mundo heráldico iban tomando carácter crónico que apenas turbaba la paz de las conciencias amodorradas.

Si en los amoríos de garbosa vanidad, y en otros de pasional demencia, se iba dejando Aransis vellones de su fortuna, el vellón más grande lo perdió con la Marquesa de Monteorgaz, dama en extremo dispendiosa, con menguada riqueza por su casa. Era un zarzal con tantas púas, que el Marqués de Loarre perdió en él toda su lana. Los estados de Sámanes y Perpellá quedaron como si dijéramos desnudos, en fuerza de hipotecas. No era en total la fortuna de Guillermo de las más altas de la grandeza: podía con ella vivir holgada y noblemente, sujetándose á un orden estrecho de administración. Pero con la vida que llevaba quedaría todo el caudal liquidado en media docena de anos. Tarde vió el *lion* el abismo en que había de caer; pero aún podía salvar una parte del haber patrimonial si se plantaba en firme y ponía un freno á sus desórdenes. Sobre esto le habló con cariñosa severidad un día su amigo Beramendi: tan instructivo fué el sermón, exegesis de aquella sociedad y de otras más próximas á la nuestra, que la Historia se dignó traerlo acá y hacerlo suyo.

VIII

“Estás arruinado, Guillermo, y sólo trazando una raya muy gorda en tu vida con propósito de cambiar ésta radicalmente, podrás salvar lo preciso para vivir con decencia, sin locuras. Dices que aún cuentas con la herencia de tu tío el Marqués de Benavare, y con ese monte de la sierra de Guara, que denunciado ya como terreno carbonífero, puede ser para tí un monte de oro. No te fíes, Guillermo: tu tío puede cambiar de propósito, si llega á enterarse de los humos que gastas, y en el monte no pongas tus esperanzas: una vez entre mil dejan de salir fallidas las ilusiones de los mineros. Déjate, pues, de montes de oro y de tíos de plata, y hazte cargo de la realidad, y oye bien lo que voy á decirte, que es duro, muy duro, pero saludable. Por algo soy el amigo que más te quiere.

La vida que vienes haciendo del 50 acá es enteramente estúpida; tu conducta es la de un idiota. Imbecilidad pura es tu vida, y así la llamo pensando que todavía no la califico tan severamente como merece. Y voy más allá, Guillermo: sostengo que no hay derecho á vivir así. Se dice que cada cual hace de su dinero, de su tiempo y de su salud lo que quiere; y yo afirmo que eso no

puede ser. En el dinero, en el tiempo y en la salud de cada persona hay una parte que pertenece al conjunto, y al conjunto no podemos escatimarla... Una parte de nosotros no es nuestra, es de la totalidad, y á la totalidad hay que darla. ¿Qué? ¿te asombras? ¿No en tiendes lo que digo? Pues lo repito, y añadiendo que están por hacer las leyes que determinen esa parte de nosotros mismos perteneciente al acervo común, y que ordenen la forma y manera de que los demás, todos, le quiten á cada cual esa partija que indebidamente retiene. Las leyes que faltan se harán: ni tú ni yo lo veremos; pero cree que se harán... Y mientras las leyes vienen, debemos anticipar su cumplimiento con algo que se parezca á la ley nonnata. Tú, Guillermo, eres idiota y criminal, porque gastas todo tu dinero, todo tu tiempo y toda tu salud en no hacer nada que conduzca al bien general. El que no hace nada, absolutamente nada, debe desaparecer, ó merece que le tansen los bienes que derrocha sin ventaja suya ni de los demás. Me dirás que yo soy lo mismo que tú, que vivo en grande sin trabajar ni producir cosa alguna. Estás equivocado: yo hago algo, no todo lo que debo; pero con un poquito de acción útil cumplo la ley, y no soy como tú, materia inerte en la Humanidad. Yo gasto parte de las rentas de mi mujer en vivir bien y decorosamente, sin escarnecer con un lujo desfachatado á esta familia española compuesta de pobres en su gran mayoría. Yo no cultivo mis tierras, no

ejerzo ninguna profesión ni oficio; pero no puede decirse de mí que nada produzco. Yo he producido un hijo, y en criarle y educarle para que sea ilustrado, saludable y hombre de bien, pongo todo mi espíritu y empleo casi todas las horas del día. ¿Qué... te ríes? ¿Te parece poco?

No me interrumpas... déjame seguir. Voy á contar por los dedos... por los dedos no, pues son pocos para tan larga cuenta... Voy á recordarte los crímenes de imbecilidad que has cometido, para que te horrorices: Cubrir de piedras preciosas el seno hiperbólico de la Navalcarazo, que te lo agradeció diciendo, al mes de romper contigo, que eras un niño de *la Doctrina Cristiana*. Para pagarle á Samper toda aquella quincalla fina, tuviste que hipotecar dos dehesas... á dehesa por pecho. Sigo: no fué menor imbecilidad regalarle á *Pepa la Sevillana* una casa de tres pisos en la calle de Belén. Habrías cumplido con una casa de muñecas... para jugar á los compromisos... Imbecilidad de marca mayor, los convites de doscientas personas que dabas en tu finca de Aranjuez, con tren especial, comilonas servidas por Lhardy, y champaña de la señora Viuda de Clicquot á todo pasto... En tus chapuzones con la de Cardeña no pudiste deslumbrar á ésta con alardes de lujo insensato, porque ella es más rica que tú, como diez veces más rica. Pero de aquella fecha data tu furor de coches y caballos, que luego llevaste al delirio en tiempo de la Villaverdeja, grande

apasionada de las cosas hípicas y cocheriles. El colmo del idiotismo veo en tu afán de pasear por Madrid trenes lujosos, y la misma Villaverdeja ó la Belvis de la Jara, no estoy bien seguro, te hizo justicia poniéndote el apodo del *Faetonto*... Te han hecho un daño inmenso tus viajes anuales á París, y el flujo de imitar las opulencias que has visto en aquellacapital. Bien podías haberte lucido discretamente en es te coronado villorrio, sin importar las grandezas que allí son proporcionadas y aquí desmedidas. Añadiendo á estas locuras el boato de tu casa, tus almuerzos y cenas, tu protección á innumerables vagos que, adulándote, te trastornan, y con astutas socaliñas te saquean, tenemos, mi querido Guillermo, que el Bobo de Coria es un sabio comparado contigo.

Pero el punto en donde llegas á la suprema imbecilidad y al idiotismo más perfecto, lo vemos en tu enredo con la Monteorgaz. Si en otros amoríos te arruinabas neciamente, al menos veías satisfecha tu vanidad. Los brillantes de la Navalcarazo la casita de *Pepa la Sevillana*, los coches de la Belvis de la Jara, y tus faetones, tus caballos normandos ó cordobeses ó del Demonio, te daban fama de esplendidez y el diploma de hombre de buen gusto. ¿Pero qué ibas ganando con la Monteorgaz, más graciosa que bonita y más elegante que joven, que tiene detrás de sí un familión famélico, capaz de tragarse el dinero de media España y de digerirlo sin que se le resienta

el estómago? Carolina te hacía pagar sus cuentas rezagadas de diez años, y las del Marqués, que debía sumas fabulosas á Utrilla y á los dependientes del Casino. Seguían los hermanos de ella, los hermanos de él, todos unos perdidos, con hambre atrasada de dinero y de protección... Caían sobre tí como nube de langosta, y tú, que no sabes negar nada y eres un fenómeno morbozo de generosidad; tú, Guillermo, que si hubieras sido mujer, habrías entregado tu honor al primer pedigüeño que se te pusiera delante; tú, Guillermo, á todos consolabas, creyendo rodearte de agradecidos, y lo que hacías era enseñar la ingratitud á los viciosos... .

Sigo, y aguanta el nublado... Dime, gran majadero: ¿qué satisfacción del amor propio sentías viéndote de número veintitantos en el índice amoroso de Carolina Monteorgaz? ¿Qué ilusión te fascinó, qué desvarío te disculpa? Si no puedes vivir sin hacer perpetuamente el don Juan: si tu fatuidad necesita el rendimiento de mujeres, búscalas en esfera más humilde: dedícate á las costureras, que las hay muy lindas, más hermosas que las de arriba, y algunas más ilustradas, con mejor ortografía que la Belvis de la Jara, que escribe *ir* con *h* (yo lo he visto); cultiva las viudas de empleados ó viudas de cualquiera, en clase modesta; y entre éstas, tu personalidad de *lion fashionable* alcanzaría triunfos facilísimos y de reducido coste. Imita al noble Marqués de la Sagra, hermano de la Villaverdeja, que con mundana filosofía se

ha dedicado á las cigarreras (entre las cuales las hay muy monas), y gracias á lo económico de sus vicios, ha podido fomentar sus propiedades de Griñón, Alameda y Villamiel. . . Ahí tienes un modelo de próceres que sabe divertirse mirando por la prosperidad del país... Aprende, abre los ojos...

No tomes esto á broma; no argumentes, no te defiendas, que defensa no tiene tu estolidez, y escucha un poco más. He señalado el mal, mostrándolo en toda su magnitud fea para que te cause espanto, y ahora voy á proponerte, si no el remedio, que es difícil y ya vendría tarde, al menos el alivio Oyeme, Guillermo: si yo te propusiera que cambiaras de improvisito tu modo de vivir, sujetándote al ñodesto pasar de un empleado de catorce ó de veinticuatro mil, serías tan necio como tú. Nunca serías capaz de tanta abnegación, ni está tu alma templada para sacrificios grandés del amor propio:.. Lo que has de hacer, ante todo es balance general de tu hacienda, y saberlo que debes, las obligaciones hipotecarias que has contraído, lo que aún posees libre, etcétera. en fin, que pongas ante tus ojos la realidad escueta, descartando todo lo ilusorio. Para esto necesitas valor, necesitas disciplina... No perdones ningún dato verdad, no te engañes á tí mismo... Luego que sepas lo que has perdido y lo que te resta, tratá de impedir que ese resto se te escurra también para lo cual has de hacer propósito firme de poner punto final en tus aventuras don-

*juanesca*s con señoras de copete.. . Inmediatamente de esto, antes hoy que mañana, pensarás en buscar novia con buen fin; una heredera rica, riquísima. El santo matrimonio, de que tú has sido burlador, es lo único que puede salvarte. . . Por la cara que pones, comprendo que esta idea no te parece mal. Como que no hay para tí otra salida del atolladero en que estás.

Te veo meditabundo. Piensas, como yo que una heredera rica millonaria y de clase igual á la tuya, no es tan fácil de encontrar en los tiempos que corren.. . Casi todas las que había se han ido colocando. Las de banqueros y capitalistas, que. fácilmente adquieren hoy título nobiliario, también, escasean. Algunas conozco que te convendrían; pero aún son muy niñas; tendrías que esperar, y esperar es envejecer.. . A ver que te parece esta otra idea que ahora se me ocurre... Pon atención, y no te enfades si para plantear esta idea, precisado me veo á proponerte algo que seguramente no será de tu gusto, algo que hiera tu dignidad.. . Lo digo, aunque al oírme des un brinco en la silla... Ya sabes que en España tenemos un medio seguro de aliviar la desgracia de los que por su mala cabeza, por sus vicios ó por otra causa, pierden su hacienda. Se les manda á la Isla de Cuba con un buen destino, y allá se arreglan para recobrar lo que aquí se les fué entre los dedos. España goza de esta ventaja sobre los demás países: posee un heróico bálsamo ultramarino para los ma-

les de la patria europea.. . *No* te sulfures, calma, y óyeme hasta el fin .Ya sé que considerarás denigrante el tomar un empleo en Cuba; ya sé que tú, si lo tomaras, no irías allá con el fin bajo de ensuciarte las manos en la Aduana, ó de especular con los desembarcos fraudulentos de carne negra.. . No ya sé que no harás esto, y que si vas pobre volverás puro con los ahorros de tu sueldo: y nada más.

Si te propongo este arbitrio.. . pasado por agua, es porque calculo que el casamiento redentor que aquí no encontraríamos fácilmente, allí te *saldría* en cuanto llegaras, por la virtud sola de tu esplendorosa persona, por tu elegancia y nobleza, y la fama que has de llevar por delante. El género de ricas herederas abunda en aquella venturosa Isla, créelo; no tendrás más trabajo que *l'embarrras du choix*. Véate yo, Guillermo, llegar aquí corregido de tus ligerezas y aumentado con una guajirita muy mona, de hablar lento, dengoso, que recrea y enamora. Será bonita, tierna, leal, amante, y con más inocencia y rectitud de principios que el género de acá, un tantico dañado por influjo del ambiente y de la proyección de las clases altas sobre las medias. Pues en el aquél de la instrucción femenina, no se si te diga que irás ganando. Allá se van éstas con aquellas en nociones científicas y de vario saber; pero sí te aseguro, refiriéndome al arte inicial, ó sea la escritura, que las cubanitas gastan una letra inglesa limpia y gallarda, y una

ortografía que ya la quisieran nuestras elegantes para los días de fiesta. En fin, hijo, que no te me subas á la parra de la dignidad por esto de la cubanita. Mira las cosas por el lado práctico, que suele ser el lado más bonito; no desprecies los ingenios, los potreros y cafetales que para tí reserva la virgen América; piensa en el genio de Colón; considera los cientos de miles de cajas de azúcar que podrás verter en el Océano de tus amarguras para endulzarlo.. .

IX

Veo que si te subes á la parra de la dignidad—prosiguió Beramendi, -no trepas tan alto como yo creía... Calma, y ojo á los hechos reales. Ponte en el exacto punto de mira, y aléjate del sentimentalismo, que te alteraría' las líneas y color de los objetos... Ahora, dando por hecho que trazas en tu existencia la línea gorda de que antes te hable, establezcamos el sano régimen económico en que de hoy en adelante has de vivir. Para librarte de la usura que en poco tiempo te dejaría sin camisa, es forzoso que levantes un empréstito, en grande, no para salir del día y del mes, sino para salvar definitivamente los restos de tu patrimonio. Entre tú y yo tenemos que buscar un capitalista ó banquero que recoja todo el papel emitido

por tí en condiciones usurarias, y además te cancele en tiempo oportuno la escritura de retro que en mal hora hiciste á mi hermano Gregorio. De éste no esperes piedad ni blanduras, pues aunque él quisiera ser fino y blando, por lo que queda de nativa indulgencia en su corazón, Segismunda no se lo permitiría. Esta es implacable, feroz en sus procedimientos adquisitivos, como lo es en su ambición. Si encontramos el capitalista que quiera salvarte, pactarás con él lo siguiente: tú le entregas todas las fincas de los estados de Loarre y San Salomó con facultad de vender las que se determinen y de administrar las restantes. El, al otorgarse la escritura, cancelará las cargas hipotecarias y los créditos pendientes. Tu propiedad inmueble queda en poder suyo hasta la amortización de tu deuda, y en ese tiempo recibirás de él trimestralmente la cantidad que se estipule para que puedas vivir con decoro y modestia, ajustando estrictamente tus necesidades á esa rigurosa medida

Y ahora digo yo: ¿á qué capitalista debemos acudir? Piensa tú, recorre tus conocimientos; yo pasare revista en los míos. ¿Qué te parece don José Manuel Collado? De Rodríguez y Salcedo, ¿qué me dices? ¿No eres tú amigo del Duque de Sevilla? Yo lo soy de don Antonio Guillermo Moreno... Cerrajería y Pérez Hernández, me consta que han hecho negocios de esta índole... ¿Quieres que mi suegro y yo hablemos á don Antonio Alvarez y á don Antonio Gaviria, ó crees

tú que podrás entenderte fácilmente con Casariego? ¿Has pensado en Udaeta, en Soriano Pelayo? ¿Podríamos contar con Zafra Bayo y Compañía, si habláramos á nuestro amigo Adolfo Bayo?

Debo advertirte, para que no te adormezcas en una confianza optimista, que nuestros hombres de dinero no se aventuran en ningún negocio que no vean claro y seguro desde el momento en que se les plantea. Por rutina y por comodidad, van tras las ganancias fáciles, con poco riesgo y sin quebraderos de cabeza. Han tomado el gusto á las gangas que nos ha traído la transformación social; se han acostumbrado á comprar bienes nacionales por cuatro cuartos, encontrándose en poco tiempo poseedores de campos extensos, feraces, y no se avienen á emplear el dinero en operaciones aleatorias de beneficio lento y obscuro. No les censuramos por esto: es condición humana.

Que nuestros ricos están á las maduras y no á las agrias, lo ves palpablemente en que pudieron agruparse y acometer con dinero español empresa tan nacional y útil como el ferrocarril de Madrid á Irún, y se han echado atrás, dejando esta especulación en manos de extranjeros. No sienten estos señores el negocio con espíritu amplio y visiún del porvenir: ven sólo lo inmediato, y se asustan de la menor sombra. Carecen de la virtud propiamente española, la paciencia. Verdad que esta virtud no la tenemos más que para el sufrimiento... ó tra cosa. Es fácil que

un solo capitalista no se atreva solo con tan grande operación, y que se reúnan dos ó tres en reata para tirar de tí, pobre carro atascado en los peores baches de la existencia. En fin, sea lo que fuere, tú por tus relaciones, yo por las mías, buscaremos un Creso en tre los pocos Cresos españoles que tengan el sentido de la reconstrucción, en vez del sentido de la destrucción. Porque no lo dudes: un principio negativo les ha hecho ricos... Grandes casas son, levantadas con material de ruínas. . . Han contratado el derribo de la España vieja. ¿La nueva quién la construir&?.,

Sensible al grande afecto que el sermón revelaba, Guillermo manifestó su conformidad con los claros razonamientos de su amigo! y lanzándose con ardor á las primeras iniciativas, pasó revista fugaz á los próceres del dinero. "¿Te parece que desde luego hable yo con Cerrajería?... Y entre tanto tú tanteas á Collado, á Sevillano... Este 'me parece el más capaz de comprender la operación y sus ventajas. Sólo una vez he hablado con él. ¿Sabes dónde? En el baile que dió la Montijo para celebrar los días de su hija Paca, á fines de Enero. Pues Miguel de los Santos me presentó á Sevillano, que estuvo conmigo amabilísimo... Tengo idea de que me dijo algo del arrendamiento de los pastos de mis dehesas de Perpellá... Si no me equivoco, sus ganados trashuman de la provincia de Guadalajara á la de Huesca. Luego le he visto dos ó tres veces en la calle; nos he-

mos saludado... Créelo: me resulta respetable este hombre, que de la paja ha extraído el oro."

Quedaron, en fin, los dos amigos en trabajar el asunto cada uno por su lado, y así se hizo, siendo más activo Beramendi que el propio interesado, cuyo espíritu fácilmente se escapaba de las cosas graves para volar hacia las frívolas. La primera noticia de que su amigo gestionaba, la tuvo Aransis una noche en la casa del Duque de Rivas, á donde concurría con preferencia por gusto de la distinción, buen tono y amenidad que allí reinaban. Eran las salas del Duque terreno en que lo mejorcito de las Letras y la flor y nata de la Aristocracia se juntaban, sin que ninguna de las dos Majestades se sintiera humillada ante la otra. Arte y Nobleza hacían allí mejores migas que en ninguna parte, bajo los auspicios del que era Grande de la Poesía y Grande de España, dos grandezas que no suelen andar en un solo cuerpo. La noche de referencia, Guillermo Aransis encontró á Martínez de la Rosa charlando con Romea, y á Escosura con Nocedal, el agua y el fuego. Aquél era, sin duda, el reino de la transacción y de la tolerancia, porque la de Madrigal y la de Monvelle, damas respetabilísimas, celebradas por sus virtudes, alternaban con la Navalcarazo y la Villaverdeja, reputaciones de calidad muy distinta. Molíns, Bretón de los Herreros, Alcalá Galiano y Federico Madrazo, llevaban la representación de las Le-

tras y de la Pintura. Con otros próceres arruinados como él, 6 en camino de serlo, el de Loarre representaba la Grandeza holgazana, distraída y sin ningún ideal serio de la vida, preparándose á un buen morir 6 á un morir deshonoroso... Le llamó la Navalcarazo, para decirle secreteando: "Guillermo, ya se que estás en *pourparlers* con los capitalistas para el arreglo de tu casa. Me lo ha dicho Collado... Yo ando detrás de Felipe (este Felipe era el Marqués de Navalcarazo) para que haga una cosa semejante; pero nada consigo. Felipe es un hombre imposible.. . el eterno sonámbulo que dormido tira el dinero, y no despierta sino cuando se le acaba y viene á pedírmelo á mí... Aún estás á tiempo Guillermo. Entiéndete con esos señores 'Me ha dicho Collado que hará el negocio á medias con Udaeta...., Así dijo la dama frescachona, y cuando salían, cogiéndole el brazo, añadió esto: "Vas por buen camino, Guillermo. Luego buscas una heredera rica, aunque sea del ramo de Ultramarinos, y ya eres hombre salvado. „

Claramente vió Aransis que Beramendi trabajaba por 61. Fué á verle al siguiente día, y juntos visitaron á Collado, quien les dijo que tenía el negocio en estudio y que pronto daría con testación. Pero la respuesta se hizo esperar. Hablaron á Bayo y á Casariego, que de plano rechazaron la proposición, y una noche, ya bien entrada la primavera, hallándose Aransis en casa de

Osma, tuvo inesperada noticia de su asunto por otra dama de historia, muy corrida, y de extraordinario y sutil ingenio. Era la Campofresco, á quien la Marquesa de Turgot, Embajadora de Francia, llamaba *Madame Diogène*, expresando así muy bien el gracioso cinismo de aquella señora que, sin tonel ni linterna, creaba con sus célebres dichos la filosofía mundana más adaptable á la sociedad de aquel tiempo. "Guillermi—le dijo, sentada junto á él á la mesa,—yo le tenía á usted por un loquinario, y ahora resulta que es uno de nuestros primeros razonables. Bien, hijo, bien: así me gustan á mí los hombres. Lo he sabido por Sevillano, que es mi banquero, y hoy estuvo en casa y me preguntó si me parecía bien el negocio. Yo le contesté que sí.. . Dígame: ¿quién le aconsejó su salvación? De fijo no ha sido la Savalcarazo, ni la Monteorgaz... Apuesto á que ha sido *Pepa Ea Sevillana*, que éstas *de cartilla* son las que tienen más talento.. . „ Reían... *Madama Diógenes* habló de otras cosas.

En efecto: Sevillano estudiaba el asunto, ven tales estudios pasó tiempo largo, con grande impaciencia y desazón del Marqués de Loarre, que cada día se iba hundiendo más, y que, incapaz de parar en firme los estímulos de su vanidad donjuanesca, buscó en Valeria Socobio un enredillo modesto, creyendo, sin duda, que podría sostener su imperio sobre la mujer en condiciones poco dispendiosas. Cansado de esperar el fin de

Los prolijos cálculos que hacían los aristócratas del dinero, se lanzó á proponer su asunto á otras casas. Habló con Weissweiller y Bäuer, los cuales, por conducto del simpático y bondadoso don Ignacio, le dijeron que la cantidad del empréstito no les asustaba; pero que en España no hacían ninguna operación sobre *foncière*. Tratárase de fondo mobiliario, y llegarían á entenderse. Ya desesperaba el aburrido galán de encontrar su remedio, cuando Collado y Carriquiri unidos formularon unas bases que, si alteraban algo el primitivo proyecto y fijaban condiciones un tanto onerosas, resolvían la cuestión con más ó menos ventajas, y el caballero no podía menos de conformarse con ellas. Eran su única esperanza, su salvación infalible, si aseguraba los efectos de la medicina con una perfecta higiene. Empezaron los preparativos, examen de escrituras y ejecutorias, contratos, hipotecas, préstamos, y en ello estaban cuando sobrevino la ruptura entre Espartero y O'Donnell y el derrumbamiento de la situación política. En puerta una nueva revolución, la Milicia Nacional en armas, Baldomeroff rabioso Leopoldowitch apoyado por Palacio, Palacio decidido á la resistencia, se obscurecían los horizontes, y sobre la sociedad, sobre el Trono mismo y su compañero el Altar, venían tempestades cuyo fragor en lontananza se percibía. Tal fué el motivo del repentino y doloroso desengaño de Aransis, cuando ya creía tener en la mano su regeneración,

Collado, á quien vió aquel día en el Congreso, le dijo en tono plácido, que á Guillermo le sonó á *Dies iræ*: "Amigo mío, no podemos hacer nada por ahora. ¡Quién sabe lo que va á venir aquí!... ¿Estallará el volcán?... Yo me temo que estalle. . . Esperemos.."

Ved aquí por qué se presentó aquel día el Marqués de Loarre con tan mohíno rostro y decaimiento del ánimo en casa de Valeria, y por qué relató los graves sucesos políticos con acento de pesimismo fúnebre. Como se ha dicho, Valeria no penetraba la causa de la sombría tristeza de su amigo; Teresita, menos conocedora del mundo que Valeria, pero dotada de mayor perspicacia, no sabía, pero sospechaba; no veía el fondo del abismo, pero algo vislumbraba asomándose á los bordes.. No era aquel día el más propio para entretenerse en vanas pláticas con dos mujeres, que no daban pie con bola en nada referente á la cosa pública: desfiló el galán volviéndose al Congreso; de allí pasó á casa de Vega Armijo, ávido de noticias. Por desgracia, éstas eran malas, y en todas las bocas aparejadas iban con negros presagios. Comió en casa de Beramendi, y fueron luego juntos al Príncipe, á ver *El Tejado de Vidrio*, linda comedia de Ayala. En el teatro no se hablaba más que de política, de esa política febril y ansiosa, natural comidilla de las gentes en los días que preceden á las grandes agitaciones; fué después al Casino, hervidero de disputas, de informes falsos y verdaderos, de ardientes comenta-

rios, y al retirarse á su casa de la calle del Turco, cuando apuntaba la rosada claridad de la aurora, sintió el hombre lo que nunca había sentido: desdén de sí propio y de su patria. Su pesimismo se concretaba en esta frase que dijo y repitió mil veces, hasta que sus ideas fueron anegadas por el sueño: "Ni ella ni yo tenemos compostura.,,

X

Sorpresa y disgusto causó al Marqués de Loarre la primera noticia que al despertar el día 14, le llevó á la cama su criado con el *Extraordinario de In Gaceta*. Leyó la lista de los Ministros del flamante Gabinete de O'Donnell, y al ver *Collado, Fomento con la dirección de Ultramar*, la impresión fué por demás penosa. Ya no debía contar con el millonario, que chapuzándose en la política y en los afanes de dos importantes ramos de Administración, pondría un paréntesis en los negocios. No habría más remedio que proseguir arando la tierra en busca del escondido capital, que para la compostura de su hacienda necesitaba. Dinero había de sobra; mas no quería venir á la reparación de las casas históricas, ocupado sin duda en demoler las que aún no se habían caído. Al salir en busca de su amigo Beramendi para pedirle sostén moral y consejos, atormenta-

do iba por esta endiablada conjetura: "¡A ver si ahora se le ocurre á Pepe Fajardo aprovechar la entrada de Collado en la Dirección de Ultramar para mandarme á Cuba!... ¡Qué humillación!. .. Mucho puede Pepe Fajardo sobre mí; pero no hará de Guillermo de Aransis un vista de Aduanas....,

Reuniéronse los dos amigos. Loarre propuso prescindir de Collado, y continuar las diligencias del empréstito en otras casas; la misma idea expresó Beramendi, y nada dijo del extremo recurso de Ultramar. Al Congreso fueron los dos, creyendo encontrar allí grande animación, concurrencia extraordinaria de diputados y charladores de política; mas no vieron sino contadas personas, y en ellas, como en todo el ambiente de la casa, desaliento y tristeza, con olor á miedo... Así lo dijo Fajardo, aproximándose á dos amigos suyos que platicaban con cierto misterio arrimados á la pared del pasillo de entrada. "¿Se puede saber qué pasa ó qué pasará hoy?., Los dos señores, desconocidos para Guillermo, respondieron á Fajardo que nada positivo sabían, y que lo mismo podía venir en la tarde y noche próximas una descomunal batalla entre el Progreso y la Reacción, que una ignominiosa tranquilidad, Todo dependía de que el Duque se pusiera las botas, obediente á las instancias de su partido y al estímulo de las ideas que representaba. Uno de los señores que Guillermo desconocía era de edad avanzada, largo de estatura y un si es no es agobiado de espal-

das, de rostro áspero y displicente, la mirada como de hombre á quien abruman las contrariedades, sin hallar en su ánimo fuerzas para resolverlas ó sortearlas. Soven era el otro, de mediana talla, con barba negra y corta, la boca extremada en dimensiones y como hecha para rasgarse con tinuamente en un sonreír franco tirando diabólico, el mirar vivo y ardiente, el pelo bien compuesto, con raya lateral, y un mechón arre-molinado sobre la frente formando cresta de gallo.

“¿Quiénes son esos? —pregun tó Aransis á su amigo, apartándose de aquel grupo para pegarse á otro.

—El alto y viejo es un fanático progresista-replicó Fajardo, —de los de acuñación antigua, y que ya van siendo raros, como las monedas de veintiuno y cuartillo. Se llama Centurión, y no tiene más dios ni más profeta que San Espartero. El otro es Sagasta, ¿no le conoces?; diputado creo que por Zamora, hombre listo y simpático, que peyorando ahí dentro es la pura pólvora, y entre amigos una malva.,

Apenas llegaban los dos marqueses al primer grupo que veían, entrando en el Salón de Conferencias, llegó Escosura, que al punto fué asaltado de curiosos. Parecía enfermo; venía de mal temple. Aransis le oyó decir: “Se lo he pedido casi de rodillas, y nada. No quiere ponerse al frente de la Revolución... Esto es entregar el País y la Libertad á O'Donnell y á los del *Contubernio*.,” Centu-

rión dió sobre esto, á Beramendi y á su amigo, más claras explicaciones. El Duque, vencido por O'Donnell en la guerra de Intrigas, y desairado por la Reina, desmentía su fogsidad y bravura, encerrándose en un quietismo incomprensible. ¿Qué significaba esta conducta? ¿Por qué procedía en forma tan contraria á su historia el hombre que personificaba la Libertad, precisamente en la ocasión en que tenía más medios de defenderla? “¿Qué dirán, Señor, qué dirán los diez y ocho mil milicianos que están arma al brazo, esperando oír la voz que ha de conducirles al barrido y escarmiento de toda esta pillería del justo medio? . . . Fíjese, Marqués, ¡diez y ocho mil hombres! decididos á morir por la Libertad... Y el Duque, nuestro Duque, se cruza de brazos, ve impassible que la Revolución es pisoteada, que el nuevo Código Político se queda en el claustro materno, y nosotros, los buenos, desamparados y á merced de O'Donnell, que no piensa más que en traernos ese ganado hambriento, ese pisto, Señor, de moderados y apóstatas, cuyo ideal no es más que comer, comer, comer....

Escosura dijo á Sagasta: “Vayan usted y Calvo Asensio á ver si le convencen... yo nada he podido. „ Ya en este punto y hora, que era la de las tres, iban llegando más diputados, y los divanes del Salón de Conferencias, que desde la inauguración del edificio eran cómodo asiento de gobernadores cesantes, de pretendientes crónicos ó charlado-

res por afición y costumbre, se poblaban de vagos. Creyérase que los tales habían nacido allí, ó que no tenían más oficio ni otros fines de vida que petrificarse sobre aquellos blandos terciopelos. Cuando el número de diputados en la casa pasó de seis docenas, dispuso abrir la sesión el Vicepresidente don Pascual Madoz. Desairada, tirando á ridícula, resultaba la reunión de los representantes del Pueblo, y fúnebres los discursillos que allí se pronunciaron. Las Cortes Constituyentes agonizaban. O'Donnell ni aun quería hacerles el honor de disolverlas *manu militari*. Se votó una proposición, en la que unos ochenta caballeros declaraban que el Gobierno de don Leopoldo no les hacía maldita gracia, y los que fueron en comisión á Palacio para llevar el papeliito volvieron con las orejas gachas, diciendo que O'Donnell, Ríos Rosas y los demás Ministros nuevos les habían despedido con un cortés puntapié... Las Cortes se acababan morían sin lucha y sin gloria, abandonada; del caudillo que tenía el deber de defenderlas, y lloraban su desdichada suerte frente á diez y ocho mil hijos ingratos, que no sabían disparar un tiro en defensa de su madre.

Los votantes de la proposición de censura iban desfilando hacia la calle, con la idea de que más seguros estarían en su casa que allí, por si á O'Donnell le daba la ventolera de meter tropas en el *establecimiento* con objeto de *asegurar al moribundo*. Unos treinta ó cuarenta quedaban, firmes en los esca-

ños, arrogantes ante su menguado número, y votaron una proposición que en puridad decía: "Hallándose amenazada la inmunidad de las Cortes. . . confiamos á don Baldomero Espartero el mando de las fuerzas necesarias á su defensa, á cuyo fin se comunicará este decreto á todos los Cuerpos del Ejército y Milicia Nacional, *cæteraque gentium*...". Y á los pocos instantes de que fuera votado este acuerdo, á estilo de Convención, se oyó claramente en todo el edificio ruido lejano de tiros, con lo que algunos se alegraron viendo justificada la actitud de los firmantes de la proposición, y celebraban la lucha, prólogo quizás de un airoso morir, mientras otros, revistiéndose de prudencia, se escabullían hacia las puertas de Floridablanca y el Florín, para ir á buscar el seguro de sus casas.

Entró Centurión en el pasillo largo gritando: "Ya se armó. La Milicia se bate, señores... ¡En la Plaza de Santo Domingo, un fuego horroroso!.. La Libertad puede morir; pero no deshonorarse en este trance supremo, metiéndose debajo de las camas.

—¿Está el Duque al frente de los milicianos? — le preguntó Eugenio García Ruiz, que era el más caliente de los diputados fieles á la Representación Nacional; y Centurión dijo: "No lo sé; no puedo afirmarlo... lo presumo, sin más dato que el coraje con que han roto el fuego.. . Tenemos Duque. Si aún dudara, la bravura de nuestro pueblo armado le decidiría.., A este optimismo casi pueril opuso Sagasta una de sus más

delicadas sonrisas, y rascándose la barba, dijo á García Ruiz: "No nos hagamos ilusiones; el Duque no se mueve más que para irse á Logroño. Hemos estado á verle Calvo Asensio y yo, y nos ha dicho..."

—¿Qué os ha dicho?... ¿El *cúmplase* de siempre? Es burlarse de nosotros; es arrojar la Libertad, atada de pies y manos, á los pies de los caballos de O'Donnell y Serrano. ¡*Cúmplase!*... ¿Y á cuándo espera?

—No sé,—murmuró Sagasta acariciándose de nuevo la barba, cuyas hebras sonaban levemente al rasgueo de sus uñas.

—¿Qué razón hay para esa calma increíble, para ese abandono de los principios?... ¡El... Espartero! —preguntaba García Ruiz lleno de confusiones. Y el gran Centurión, no tan confuso como indignado, reforzó la pregunta en la forma más colérica: "¿Qué razón hay, cojondrios?"

—Alguna razón hay—dijo Calvo Asensio ceñudo, frío.—No puede ponerse el Duque en esa actitud sin alguna razón... y razón de peso, Eugenio... Ya te la diré..

Aransis y Beramendi, oyendo el fragor lejano de tiros á cada instante más intenso, salieron á la puerta de Floridablanca y allí deliberaron qué camino tomarían para la retirada. Proponía Guillermo que fueran á su casa, calle del Turco, de la cual muy poco distaban. Pero como insistiera Fajardo en ir á la suya, por no estar ausente de su familia en días de trifulca, allá corrieron los dos, tomando la vuelta que creían menos peli-

grosa. En el Congreso quedó Centurión, que si no era diputado lo parecía, por el ardiente celo que mostraba, mirando la dignidad de la Representación Nacional como la suya propia, y desviviéndose porque fuese de todos honrada y enaltecida. En la misma idea y tensión estaba García Ruiz, castellano viejo con toda la seca testarudez de la raza, hombre de voluntad más que de fantasía, calificado entonces entre los sectarios furibundos, y que no lo era realmente, pues en él lucía la claridad del buen sentido, y habría dado cuerpo á las ideas dentro de los moldes de la realidad, si se le presentara ocasión de hacerlo. Nicolás Rivero, otro de los que allí permanecían, trataba de infundir con su presencia un aliento más de vida á las Cortes moribundas. Poca fe tenía ya en que la Institución saliera bien de aquel soponcio, y como á difunta la miraba. "*Zeladores*—decía,—¿qué hacemos aquí? Velar el cadáver.., Y Madoz, vehemente y práctico, como mestizo de catalán y aragonés, respondía: "Pues velaremos por si le da la gana de resucitar, y estaremos al cuidado de que no lo profanen.., Fernando Garrido, revolucionario ardiente, partidario de los remedios heróicos, salía y entraba con Centurión, trayendo noticias consoladoras: "La cosa va de veras. Hemos visto á Manolo Becerra y á Sixto Cámara que van á ponerse al frente del 5.º de Ligeros... En la Plaza de Santo Domingo se está levantando una barricada formidable, que ha de dar algún

disgusto á los de Palacio.. . Cuentan que en Palacio el pánico es horroroso... Hay tropa en Chamberí, tropa detrás del Retiro; pero muy desalentada... nos dicen que muy desalentada... El General Infante, Presidente, ponía-en duda lo del desaliento, y cuando llegó la noche dormitaba en un sillón de su despacho. Seoane y Montemar volvieron á la persecución de Espartero, que abandonando su casa se había trasladado á la de Gurrea; y Sagasta y Calvo Asensio se mostraban tristes y resignados, como hombres que, viendo con claridad las causas, esperaban en calma los tristes efectos.

Así pasó la mayor parte de la noche, en expectación melancólica y amodorrante, pues no se oían tiros próximos ni lejanos, ni llegaban al Congreso indicios de haberse trabado una formal batalla entre nacionales y tropa. Los diputados fieles, apegados por respeto y amor á la casa paterna, con los aficionados políticos que les acompañaban en el duelo, velaban dispersos aquí y allí, en grupos que se juntaron locuaces y se disgregaban soñolientos. Las voces se extinguían; el salón de Sesiones y el de Conferencias, alumbrados como para grandes escenas parlamentarias, ostentaban su espléndida soledad de capilla ardiente... Por fin, á las últimas horas de la noche, que en aquella estación era muy corta, empezó á manifestarse en los grupos alguna animación, por aires que entraban de la calle, y personas que acudían al recinto mortuario... De

cuatro á cinco, el bullicio y animación crecieron hasta el punto de que pudo decir Madoz: "¿Resucitaremos? ¡Vaya que si resucitáramos!...", A las seis, un intenso ruido, como el de las olas del mar, indicó que grandes masas de gente ocupaban las calles próximas. Oyéronse los mugidos de vivas y mueras, que son la espuma que salta en el hinchado tumulto de las muchedumbres. Por las puertas de Floridablanca y del Florín entraron hombres uniformados, con armas, y otros que las llevaban sobre la ropa ordinaria de paisano, como los cazadores que van al monte. Eran milicianos y guerrilleros de campo y calle, que venían á ofrecerse á la Representación Nacional para su custodia y defensa. Se dijo que las tropas mandadas por Serrano ocupaban Recoletos: seguramente ocuparían el Prado. Venían á disolver, empresa sencillísima dos horas antes, pues las Cortes no tenían á su lado más que á los maceros; pero no muy fácil ya, con tan ta gente decidida en su recinto, y alguna más que vendría pronto y tomaría posiciones. El interés del suceso histórico pasó del interior á las inmediaciones del Congreso. Los milicianos, obedientes á jefes con uniforme 6 sin 61, se dirigían en secciones á las casas de Vistahermosa y Medinaceli, que ocuparon, situándose en los aposentos de planta baja y desvanes.. . Tomó el mando de ellos el menos militar de los hombres, el de más pacífica y bonachona estampa: don Pascual Madoz.

Ya el rubicundo Febo esparcía sus rayos por todo Madrid, cuando entre las multitudes que invadían y cercaban el Palacio de las Cortes, apareció Espartero, no á caballo, con arcos y jactancia de caudillo que conduce á sus prosélitos al combate, sino pedestremente, en traje civil. Dentro y fuera de las Cortes echó breves peroratas con menor ahuecación de voz que la comunmente usada por él frente al pueblo, y terminaba con vivas á la Libertad y á la Independencia nacional. Todo era una vana fórmula, dedada de miel para entretener el ansia popular, ó escape instintivo de los cariños de su alma, que no podía contener. . . A sus exclamaciones respondió la patria tería con otras, y luego dió media vuelta para tomar la calle de Floridablanca, en compañía de Montemar, Gurrea y Seoane. Iría tal vez á ponerse las botas, á montar á caballo, á sacar de la funda la espada gloriosa, panacea infalible contra las enfermedades de la España Libre... Esto creyeron algunos. Los desconsolados ojos de los milicianos le vieron partir, y él desde lejos espaciaba sobre la multitud una mirada triste. Se despedía para Logroño.

A Centurión faltábale poco para llorar; García Ruiz maldecía su suerte. Calvo Asensio y Sagasta, melancólicos, arrojaban estas gotas de agua fría sobre el ardiente afán de sus amigos: "No puede, no puede.. . Ya comprendéis que valor no le falta.

-Y con ponerse á la cabeza. de la brava

Milicia, y soltar cuatro tacos, lcojondrios! arrollaría fácilmente á nuestros enemigos, á *los eternos enemigos de la Libertad.*

—Sí, los arrollaría.. . Caerían hechos polvo; pero con ellos vendría también al suelo, rompiéndose en mil pedazos, el Trono, señores.. .

—¿Y qué?...

—¡Oh!... es pronto... es grave. . . Espartero no quiere tal responsabilidad.

—¡Desgraciado país!.. ."

Diciendo esto el que lo dijo, los cañones que Serrano había puesto en el Tívoli empezaron á vomitar metralla contra Medina-celi, y granadas contra las Cortes.

XI

Tenía Serrano, Capitán General de Madrid, lo que en Andalucía llaman ángel. Más que á su guapeza, por la que obtuvo de Real boca el apodo de *General bonito*, debía los éxitos á su afabilidad, ciertamente compatible, en el caso suyo, con el valor militar temerario, en ocasiones heróico. Fascinaba á las tropas con alocuciones retumbantes, como las de Espartero, y las llevaba tras sí con el ejemplo de su propia bravura, dando el pecho al peligro. Era, pues, un -valiente, no inferior á ninguno de los demás caudillos de nuestras luchas civiles,

perfecto guerrillero más que general, y con su valor, su buena estampa, y la *suerte*, que suele acompañar á los atrevidos en épocas de revueltas y en países cuya legislación y costumbres no están fundamentadas sobre sólidas instituciones, llegó muy joven á la cumbre de la jerarquía militar. . . Entiéndase que el valor de Serrano era exclusivamente del orden guerrero, pues fuera de los dominios de Marte, su voluntad desmayaba, haciéndose materia blanducha, fácilmente adaptable á las formas sobre que caía. En él se marcaban con gran relieve los caracteres de la generación política y militar á que le tocó pertenecer. Todos en aquella especie ó familia zoológica eran lo mismo: los militares muy valientes, los paisanos muy retóricos; aquellos echando el corazón por delante en los casos de guerra, éstos enjaretando discursos con perifrasis galanas ó bravatas ampulosas, y cuando era llegada la ocasión de hacer algo de provecho, todos resultaban fallidos, y procedían como mujeres más ó menos públicas.

No había lucido hasta entonces en Serrano ninguna cualidad de hombre político. En este punto, nada tenía que envidiar á Narváez, que fuera de algunos rasgos de energía, brotes repentinos de su temperamento, nada estable había producido; ni á Espartero, que inició alguna suerte lucida, puso en ella la mano, mas no supo ó no pudo rematarla; ni á O'Donnell, que hasta entonces no era más que un enigma. Quizás se

aproximaba el día en que la esfinge de Vicalvaro hablase, y de sus palabras saliese algo práctico que nos trajera permanentes beneficios. Serrano debió creerlo así; fiaba en la eficacia de lo que llamaban *Unión Liberal*, la concentración de los hombres más listos y presentables de los dos bandos históricos, y ofrecía su concurso á esta obra fecunda. En su mano había puesto O'Donnell las tropas que debían aniquilar á los diez y ocho mil milicianos mal contados. ¡*Santiago y á ellos!* Serrano, ayudado por Dulce, hombre de coraje también, no dudaba de la pronta dispersión de la chusma uniformada. Y al entrar en los jardines del Tívoli, pensando en la seguridad de su triunfo, el simpático General fué asaltado de escrúpulos y temores que no carecían de lógico fundamento. “¡Estaría bueno - se decía--que después de dar nosotros la cara para echar al Duque y de cargar con la impopularidad del desarme del Pueblo, nos salga Palacio con alguna mala partida, y nos mande á paseo, y llame *al divino Narváez*, para que nos ponga á todos el *Inri!*”

Conocía muy bien el saludo General la veleidosa condición de la Reina, sus sarcasmos y disimulos, heredados de Fernando VII, y sus preferencias por la política moderada; conocía también, y mejor que nadie, la flaqueza del corazón de Isabel ante las taimadas sugerencias de una beata embaucadora; sabía que fácilmente se ganaba la Real voluntad, no siendo en aquel nebu-